

NEWMANIANA

AÑO VI - NUMERO 18

SEPTIEMBRE 1996



Ex umbris et imaginibus in veritatem

Publicación de AMIGOS DE NEWMAN en la Argentina



LIFT - VAN

INTERNATIONAL CO. S.A.

MUDANZAS INTERNACIONALES

A cualquier parte del mundo, puerta a puerta con toda seguridad

- **GUARDAMUEBLES**

En nuestro depósito de 5.000 m² cubiertos,
con video vigilancia y guardia las 24 Hs.

- **ARCHIVO EMPRESARIO**

- **DEPOSITOS EN GENERAL**

Ruta 202 N° 3449 Don Torcuato

Tel.: 445-0230/0282 • 741-7447/7236/7286 Fax: 741-7211

NEWMANIANA



Año VI - N° 18

Septiembre 1996

Director

Pbro. Fernando María Cavaller

Consejo de Redacción

Dra. Inés de Cassagne

Sra. María Teresa Richards de Riva Posse

Lic. Pablo Augusto Marini

NEWMANIANA

(ISSN 0327-5876)

es una publicación cuatrimestral.

Registro Nacional de la

Propiedad Intelectual N° 237.216

Propiedad de Fernando María Cavaller

Dirección: Av. Liniers 1560 (1648) Tigre - Pcia. de

Buenos Aires - República Argentina

Producción Gráfica: Editorial Mundo Técnico S.R.L.

Pichincha 1572 - Tel.: 308-1340 / 1459

Sumario

Editorial 2

Sermón

Cristo manifestado

en el recuerdo 5

Meditación

Un camino corto

a la perfección 11

Discursos

**Discursos sobre el fin y la naturaleza de la
educación universitaria** (continuación)..... 11

Traducción, Introducción y notas

P. José Morales

Patrística

San Juan Crisóstomo (continuación)..... 29

Traducción

Dra. Mercedes Bergadá

EDITORIAL

El Padre Vincent Blehl, SJ, Postulador de la Causa de Beatificación de Newman transmite el siguiente anuncio: *Soy feliz de comunicar que se ha dado un número creciente de personas que narran favores atribuidos a la intercesión de Newman, sobre todo curaciones físicas. Algunas de estas últimas, una en particular, nos da cierta esperanza, pero es muy reciente para saber si puede ser presentada al juicio de un tribunal. Les exhorto a continuar con vuestras oraciones pidiendo sobre todo una curación física, que es el único requisito para la beatificación de Newman. Mientras tanto, Newman continúa ejerciendo un fuerte influjo espiritual, especialmente en las conversiones a la Iglesia."*

Este anuncio nos compromete a nosotros también. Rogamos que los Amigos de Newman no olviden incluir en sus oraciones la que siempre reiteramos al final del Editorial.

Este año 1996 ha incluido ya algunos eventos Newmanianos. El 15 de abril, el P. Michael Barber, uno de los organizadores del Congreso del año pasado en Oxford, y de quien guardamos un afectuosísimo recuerdo, dió una conferencia en la Capellanía católica de Birmingham sobre el tema 'El Newman desconocido'.

Asimismo, el 4 y 5 de mayo tuvo lugar en Estrasburgo el Coloquio Internacional organizado por los "Amigos de Newman" en Francia, dedicado a la traducción de la obra de Newman. Agradecemos aquí al P. Piere Clavel, quien siempre nos envía las conclusiones de estos importantes encuentros newmanianos. Hay que reconocer el esfuerzo notable que se viene realizan-

do en Francia desde hace muchos años, en traducir la obra del Cardenal, así como el estudio sobre la misma, como el aporte inigualable del P. Louis Bouyer.

También ha tenido lugar del 1º al 3 de agosto ppdo. un Congreso Nacional en Rensselaer, IN, Estados Unidos, sobre la "La ampliación de la mente: Newman y la formación para la vida". No podemos dejar de recordar el porcentaje elevadísimo de norteamericanos que asistieron al Congreso en Oxford el año pasado, lo cual fue prueba elocuente de la influencia extraordinaria de Newman allí. Nos viene a la memoria la presencia del P. Avery Dulles, SJ, que es asimismo miembro de la Comisión Teológica Internacional, cuya conferencia "Anatomía de una conversión" nos dejó una profunda impresión. Esta, como otras disertaciones que formaron parte del Congreso, no están aún editadas en Inglaterra. Cuando salga a luz el volumen, comenzaremos a traducir y publicar las más sobresalientes.

Otra noticia de interés, se refiere al Obispo anglicano de Basingstoke, Inglaterra, a quien conocimos también en el Congreso y que tuvo a su cargo una de las conferencias. Informa acerca de un proyecto que, según sus palabras, es "ecuménico como objetivo, cultural en la manera, británico en su origen y una respuesta a la Carta Apostólica del Papa Juan Pablo II 'Tercio Milenio Adveniente'". Se trata de la transmisión televisiva desde el Vaticano, del "Dream of Gerontius" ("Sueño de un anciano") poema de Newman con música de Edward Elgar, acompa-

ñado de la exhibición de obras de arte del Vaticano. La ejecución está prevista para fines de este año.

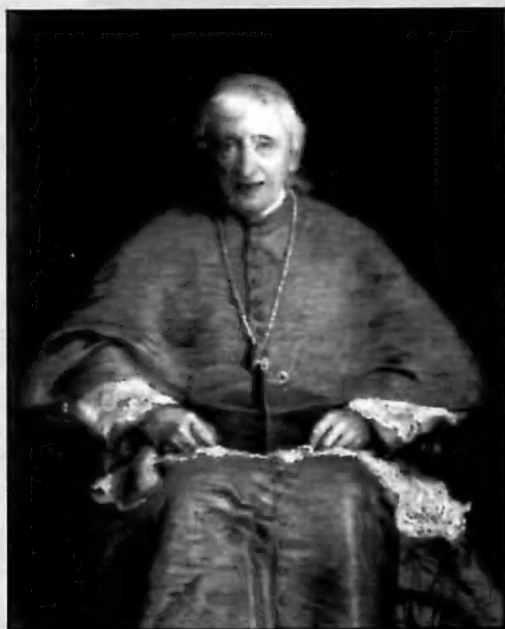
En Inglaterra tendrá lugar el Encuentro General Anual de los Amigos del Cardenal Newman, en Birmingham, en la sede del Oratorio, el 30 de octubre. La exposición central estará a cargo de Miss Joice Sugg, sobre "John Henry Newman y su círculo femenino".

Los padres del Oratorio de Birmingham nos han enviado, como siempre, la publicación "Newsletter", en donde aparecen varios textos de Newman, y artículos sobre la obra suya en Irlanda. En este sentido tendrá lugar un de octubre, en la Iglesia de la Universidad en Dublín, fundada por Newman. Se celebrará Misa todos los días y habrá

cada día una conferencia a cargo de los padres del Oratorio, sobre los temas: Newman, el católico y la educación; Newman el católico y el cuidado de la salud; el católico en el mundo, pero no del mundo (con especial referencia a la santidad del matrimonio y la familia).

Finalmente, tenemos el agrado de anunciar la realización aquí del VIIº ENCUENTRO NEWMANIANO 1996, cuyo detalle damos a continuación, y al que invitamos por medio de esta publicación a todos los AMIGOS DE NEWMAN EN LA ARGENTINA, así como a todos los que tengan interés en participar.

Permanecemos unidos en la oración y elevando nuestras intenciones por intercesión del Venerable John Henry Cardenal Newman.



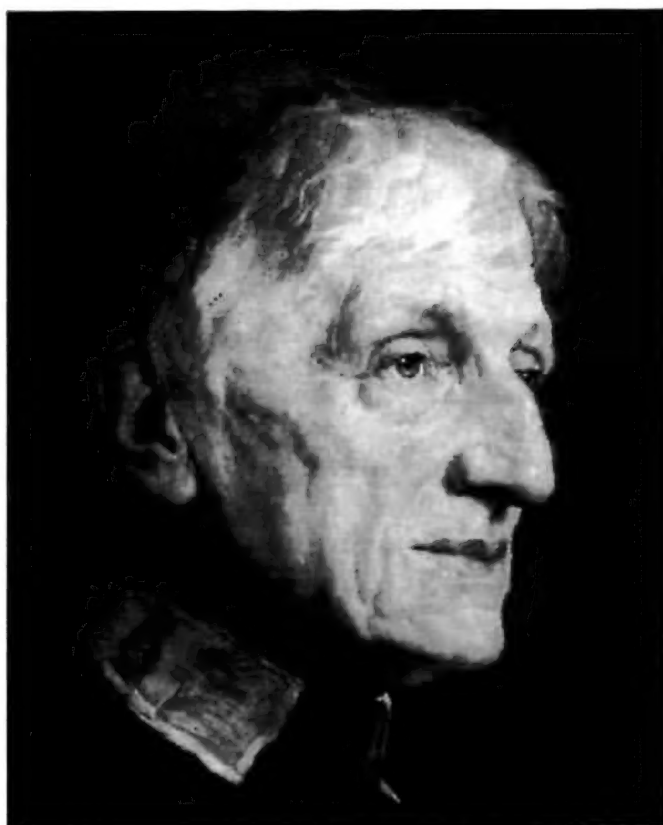
ORACION Por la beatificación del Cardenal Newman

Señor Jesucristo, cuando es Tu voluntad que un siervo Tuyo sea elevado a los honores del Altar, Tú lo glorificas por medio de evidentes signos y milagros. Por ello, Te pedimos quieras concedernos la gracia que ahora imploramos por intercesión de John Henry Newman. Por su devoción a Tu Inmaculada Madre y su lealtad a la sede de Pedro, pueda ser nombrado algún día entre los Santos de la Iglesia. Amén.

VIIº ENCUESTRO NEWMANIANO

22 al 24 de Octubre

*Ex umbris
et imaginibus*



in veritatem

Martes 22

19:30 Hs.

Newman y la filosofía

Oradores: Ing. Enrique Cassagne
Pbr. Luis Ducastella

Miércoles 23

19:30 Hs.

Newman y la teología

Oradores: Lic. Silvia Rodríguez Quiroga
Pbro. Fernando María Cavaller

Jueves 24

19:30 Hs.

Newman y la pedagogía

Orador: Dra. Mónica Luque

Newman y la literatura

Orador: Dra. Inés de Cassagne

En el Salón Mons. Octavio Derisi de la Universidad Católica Argentina
Edificio Santo Tomas Moro - Av. Adolfo Dávila 1400 - Puerto Madero.

La entrada es libre y gratuita

Organiza Asociación Amigos de Newman en la Argentina

Cristo manifestado en el recuerdo

*Parochial and Plain Sermons IV-XVIII, pp 253-266
Predicado el 7 de mayo de 1837*

"El me glorificará". (Jn. 16, 14)

Traducción P. Fernando M. Cavaller.

Cuando el Señor dejó a sus apóstoles, se entristecieron, y El los consoló con la promesa de otro Guía y Maestro, en quién debían confiar en vez de El, y que sería para ellos más de lo que El había sido. Les prometió la Tercera Persona de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo, el Espíritu de El y de su Padre, que llegaría invisiblemente, con un poder y alivio mayor, puesto que era invisible. Así, Su presencia sería más real y eficaz, por cuanto era más secreta e inescrutable.

Al mismo tiempo que este nuevo y más amable Consolador traía una bendición más elevada, no iba a oscurecer o esconder de ninguna manera lo que había acontecido antes. Aunque hizo más por los Apóstoles de lo que Cristo había hecho, no dejó en la sombra ni sustituyó a Quien había sucedido, ¿cómo podía ser eso?. ¿Quién podía oscurecer la Gloria del Señor?. ¿Cómo podía el Espíritu Santo, que era uno con el Hijo, hacer otra cosa que fuese manifestar al Hijo, mientras se manifestaba a Sí mismo?. ¿Cómo podía fallar en iluminar las gracias y perfecciones del Hijo, cuya muerte en la Cruz abrió el camino al mismo Espíritu Santo para ser amable al hombre también?. Por ello, aunque fue conveniente que el Hijo se fuera para que el Consolador viniera, no perdimos de vista al Hijo en presencia del Espíritu. Por el contrario, Cristo expresamente anunció a los Apóstoles

en las palabras del texto: "El me glorificará".

Ahora bien, estas palabras nos llevan a considerar primero el modo especial en que Dios Espíritu Santo dió gloria al Hijo de Dios, y luego preguntarse si no hay en esto algún indicio de una ley general de la Divina Providencia, observada tanto en la Escritura como en los asuntos del mundo.

El modo especial en que Dios Espíritu Santo dió gloria a Dios Hijo, parece haber sido revelándole como el Unigénito del Padre, que había aparecido como Hijo del hombre. Nuestro Salvador dijo muy claramente que El era Hijo de Dios, pero una cosa es declarar toda la verdad y otra recibirla. Nuestro Salvador dijo todo lo que necesitaba ser dicho, pero sus Apóstoles no le entendieron. Aún cuando hicieron profesión de fe y por la secreta gracia de Dios, y por ello aceptable a Cristo, no entendieron plenamente lo que decían.

San Pedro le reconoció como el Cristo, el Hijo de Dios, y asimismo el centurión que estuvo presente en su crucifixión. ¿Entendió aquél centurión sus propias palabras cuando dijo: "verdaderamente éste es el Hijo de Dios"?

Seguramente no, ni tampoco San Pedro, aunque habló no según la carne y la sangre, sino por revelación del Padre. ¿Pudo entender poco después cuando nuestro Señor habló sobre su

Pasión, que yacía ante El, y Pedro intentó "apartarlo y comenzó a reprenderle"? Ciertamente no entendió que nuestro Señor, al ser el Hijo de Dios, no era creatura de Dios, sino el Verbo Eterno, el Unigénito Hijo del Padre, uno con El en sustancia, distinto en Persona.

Cuando investigamos la conducta de nuestro Salvador en la tierra, encontramos que ocultó a propósito ese conocimiento, que sin embargo había dado, como si intentara que fuese gozado pero no inmediatamente, como si Sus palabras se mantuvieran pero hubieran de esperar un tiempo para su interpretación, como si las reservara para la llegada de Aquél que traería la luz sobre Cristo y ellas. Así, cuando el joven se le acercó y le dijo: "Maestro bueno", se mostró más deseoso de corregirle que de revelarse, de hacerle sopesar sus palabras que de aceptarlas. En otra ocasión, cuando tan lejos llegó en su revelación que los judíos le acusaron de blasfemia, pues siendo un hombre se hacía a sí mismo Dios, en vez de repetir e insistir sobre la Verdad sagrada que rechazaban, invalidó los términos en los que la había transmitido, insinuando que aún los profetas del Antiguo Testamento fueron llamados dioses como El. Y cuando estuvo frente a Pilato, rehusó dar testimonio de Sí mismo o decir lo que era o de donde venía.

De esta manera, estuvo entre ellos "como el que sirve". Aparentemente, no fue sino después de su Resurrección y especialmente después de su Ascensión, cuando descendió el Espíritu Santo, que los Apóstoles comprendieron quién había estado con ellos. Lo conocieron cuando todo había pasado, no en el momento.

Pienso que vemos aquí el rastro de un principio general, que se presenta ante nosotros una y otra vez, tanto en la Escritura como en el mundo: la presencia de Dios no se discierne en el tiempo que está sobre nosotros, sino después, cuando miramos hacia atrás lo que fue y ya pasó.

La misma historia de nuestro Salvador nos proporcionará ejemplos que hacen evidente la existencia de esta ley notable.

Cuando San Felipe, por ejemplo, le pidió ver al Padre Todopoderoso, entendiéndolo poco el privilegio de que había gozado tanto tiempo, nuestro Señor le respondió: "¿Tanto tiempo hace que estoy con vosotros y todavía no me conocéis, Felipe?".

Nuevamente, en otra ocasión, le dijo a San Pedro: "Lo que Yo hago, tú no lo entiendes ahora, lo comprenderás más tarde" (Jn 13,7). Y también: "Esto no lo comprendieron sus discípulos de momento; pero cuando Jesús fue glorificado, cayeron en la cuenta de que esto estaba escrito sobre El, y que era lo que le habían hecho" (Jn 12, 16).

De la misma manera, mientras hablaba con los dos discípulos yendo a Emaús, sus ojos no le conocieron. Cuando le reconocieron, en el mismo instante desapareció de su vista. Luego, "se dijeron uno al otro: ¿no ardía acaso nuestro corazón dentro nuestro, mientras nos hablaba por el camino?" (Lc 24, 32).

Así son también los siguientes pasajes tomados del Antiguo Testamento: Cuando Jacob huyó de su hermano, "llegando a cierto lugar, se dispuso a hacer noche allí, porque ya se había puesto el sol". En su sueño tuvo la visión de los Angeles y el Señor por encima de ellos. Por eso, cuando despertó de su sueño dijo: "Así pues, está el Señor en este lugar y yo no lo sabía. Y asustado dijo: ¡Qué temible es este lugar! ¡Esto no es otra cosa sino la casa de Dios y la puerta del cielo!" (Gen 28,11-17).

Nuevamente, después de haber estado luchando con el Angel toda la noche sin saber quién era, y preguntando por Su nombre, luego, al final, "Jacob llamó a aquel lugar Peniel, pues, se dijo, 'He visto a Dios cara a cara, y tengo la vida salva'" (Gen 32,31).

Y así también, después que el Angel desapareció de la vista de Gedeón, que lo había tratado como a un hombre, entonces, y sólo entonces, descubrió quién había estado con él y dijo: "¡Ay, de mi Señor Dios! ¡Pues he visto al Angel de Dios cara a cara!" (Jueces 6,22).

De la misma manera, después que el Angel desapareció de la vista de Manoaj y su mujer, en ese momento y no antes, le descubrieron. Entonces "cayeron rostro en tierra...Y Manoaj dijo a su mujer: 'seguro que vamos a morir porque hemos visto a Dios'" (Jueces 13,20-22).

Tal es la regla de Dios en la Escritura, para dispensar Sus bendiciones, silenciosa y secretamente, de modo que no las distinguimos en el momento sino por la fe y solamente después. De lo cual, como he dicho ya, tenemos dos ejemplos especiales en el plan general de la historia evangélica: la misión de nuestro Salvador, quién no

fue entendido hasta después de ser el Hijo de Dios glorificado, y la misión del Espíritu Santo, que estaba aún más cargada de beneficios espirituales, y es aún más secreta. La carne y la sangre no pudieron discernir al Hijo de Dios, aún cuando trajo milagros visibles. El hombre natural distingue aún menos las cosas del Espíritu de Dios. Y aún así en el mundo venidero serán todos condenados por no haber creído aquí lo que nunca les fue dado ver. Así, la presencia de Dios es como Su gloria cuando se le apareció a Moisés: El dijo: "Tu no puedes ver mi rostro...y vivir" pero pasó de largo y Moisés vio su gloria cuando ya se retiraba. No la pudo ver de frente ni cuando pasaba. La vio, la conoció y "al instante se prosternó en tierra y adoró" (Ex 33,20; 34,8).

Considerad ahora cuán paralelo es esto a lo que tiene lugar en la providencia de la vida diaria. Nos suceden hechos agradables o dolorosos, y no sabemos al momento el significado de los mismos, no vemos la mano de Dios en ello. Si verdaderamente tenemos fe, confesamos que no vemos y tomamos todo lo que pasa como Suyo, pero ya sea que lo aceptemos en la fe o no, ciertamente no hay otro camino de aceptación. No vemos nada. No vemos porqué las cosas llegan ni adónde van. Jacob gritó en una ocasión: "Todas estas cosas están contra mí" (Gen 42,36) y ciertamente parecían así. Un hijo eliminado por el resto, otro prisionero en tierra extranjera, un tercero reclamado. "Vosotros me vais a dejar sin hijos, ¡José ya no está, Siméon tampoco, y ahora queréis llevar a Benjamín! ¡Todas estas cosas están contra mí!". Aún así todas estas cosas estaban siendo empleadas para el bien.

Seguid los infortunios del joven favorito y santo que primero le fue quitado a Jacob de su lado: vendido por sus hermanos a extraños, llevado a Egipto, acosado por una muy peligrosa tentación, vencida pero no premiada, puesto en prisión, entrando el hierro en su alma, esperando allí hasta que el Señor le fuera propicio y "mirara desde el cielo". Pero, esperando ¿porqué? y ¿cuánto tiempo?. Se dice una y otra vez e la narración sagrada que "El Señor estaba con José", pero ¿pensáis que vio en esos momentos algunas señales de Dios, excepto de las que tan sólo por la fe se dió cuenta y pudo ver?. Su fe fue su única recompensa, lo cual no era recompensa alguna al ojo de la razón, pues la fe cierta-

mente no hizo sino juzgar de las cosas por aquél criterio que originalmente ha establecido, y declara que José era feliz porque debía serlo. De aquí que, a pesar de que el Señor estaba con él, aparentemente las cosas estaban contra él. Pero después de todo vió lo que era tan misterioso en su momento: "Dios me envió delante de vosotros", les dijo a sus hermanos, "para salvar vidas...no sois vosotros los que me habéis enviado acá, sino Dios, quién me ha constituido padre del Faraón y señor de toda su casa y gobernador de todo el país de Egipto " (Gen 45,5-8).

¡Maravillosa Providencia, que es tan silenciosa, y sin embargo, tan eficaz, tan constante, tan infalible!. Esto es lo que frustra el poder de Satanás, que no puede discernir la mano de Dios en lo que ocurre, y aunque quiera gustosamente encontrarse y tropezar con ella, en su loca y blasfema rebelión contra el cielo, no puede hallarla. Astuto y penetrante como es, sin embargo, de nada le sirven sus mil ojos y sus muchos instrumentos contra el majestuoso y sereno silencio, contra la santa e imperturbable calma que reina a través de la providencia de Dios. Astuto y experimentado como es, aparece como un niño o un tonto, como alguien hecho para la diversión, cuyo pan cotidiano no es sino fracaso y burla, ante la sabiduría secreta y profunda del consejo divino. Hace conjeturas por aquí o algo atrevido por allí, pero todo en la oscuridad. No supo de la venida de Gabriel y de la concepción milagrosa de la Virgen, ni qué significaba eso Santo que iba a nacer, llamado el Hijo de Dios. Trató de matarle e hizo mártires a niños inocentes, tentó al Señor de todas las cosas con hambre y con perspectivas ambiciosas, pasó por la criba a los Apóstoles y no consiguió sino uno, que ya llevaba su propio nombre y había sido entregado como un demonio. Se levantó contra su Dios en su plena fuerza, en la hora y el poder de las tinieblas, y luego pareció conquistar, pero con su último esfuerzo y como el más grande de sus hechos, no hizo más que "realizar lo que en tu poder y en tu sabiduría habías predeterminado que sucediera" (Hech 4,28). Trajo al mundo la verdadera salvación que temía y odiaba. Completó la expiación del mundo, cuya miseria estaba tramando.

¡Maravillosamente silencioso, pero irresistible curso de la providencia de Dios! "Verdaderamente, Tu eres un Dios que te escondes, Oh

Dios de Israel, el Salvador", y si aún los demonios, sagaces como son, espíritus por naturaleza y experimentados en el mal, no pueden detectar Tu mano mientras actúas, ¿cómo podemos nosotros esperar verla, excepto por ese camino que los demonios no pueden tomar: por una fe amorosa? ¿Cómo podemos verla, excepto después, como recompensa de nuestra fe, contemplando la nube de gloria en la distancia, que cuando estaba presente era demasiado rara e impalpable para los sentidos mortales?.

Así también, en un sinnúmero de otras circunstancias, ni sorprendentes, ni dolorosas, ni agradables, sino ordinarias, somos capaces de discernir más tarde que Él ha estado con nosotros, y como Moisés, adorarlo. Dejad a una persona que confía ser en general aceptable en el servicio de Dios, mirar hacia atrás sobre su vida pasada, y descubrirá cuán críticos fueron momentos y hechos que cuando sucedieron parecían por demás indiferentes: como por ejemplo, la escuela a la que fue enviado cuando niño, la ocasión del encuentro con aquellas personas que más le han beneficiado, los accidentes que determinaron su llamada o expectativas cualesquiera fuesen. La mano de Dios está siempre sobre los Suyos y los lleva adelante por un camino que no conocen. Todo lo más que pueden hacer es creer lo que no pueden ver ahora, lo que verán en la otra vida, y creyendo, actuar junto con Dios hacia ella.

Y de aquí es que, acaso, los años pasados, vistos retrospectivamente, lleven tanta fragancia consigo, si bien en su momento, quizás poco vimos en ellos que nos fuera placentero, o no pudimos darnos cuenta de que estábamos recibiendo deleite, aunque lo recibimos. Recibimos deleite porque estábamos en la presencia de Dios, pero no lo sabíamos. No conocimos lo recibido, no hicimos nuestro ni reflexionamos sobre el bien que recibíamos, pero después, cuando el gozo ha pasado, viene la reflexión. Sentimos en el momento, pero reconocemos y razonamos después. Tal es, digo, la dulzura y la suavidad con que los días pasados y lejanos caen en la memoria, y nos sorprenden.

Cuando nos parece estar viviendo para nada, los años más ordinarios brillan más adelante en su verdadera regularidad y curso ordenado. Lo que era entonces siempre igual es ahora estabilidad, lo que era embotamiento es ahora calma



Iglesia de Santa María de la Universidad de Oxford, Newman fue Vicario desde 1828 a 1843

consoladora, lo que parecía improductivo tiene ahora un valor en sí mismo, lo que era monotonía es ahora armonía. Todo es amable y consolador y lo recordamos con afecto. No sólo eso, aún los tiempos pesarosos (lo cual a primera vista es maravilloso) son de este modo suavizados e iluminados después. ¿Porqué no debiera ser así, desde que, más que en otros momentos, nuestro Señor está presente cuando parece abandonar a los suyos en la desolación y la orfandad?. El implante de la cruz de Cristo en el corazón es agudo y penoso, pero el árbol majestuoso se levanta hacia lo alto y tiene hermosas ramas y rico fruto, y es agradable a la vista. Y si todo esto es verdad hasta de los tiempos tristes u ordinarios, cuánto más retiene lo bueno de las épocas de obediencia religiosa y consuelo.

Tales son los sentimientos con que los hom-

bres miran a menudo hacia atrás su niñez, cuando algún accidente la trae vívidamente ante ellos. Cualquier reliquia o señal de aquella época temprana, algún sitio o libro o palabra, algún olor o sonido les lleva a retroceder en la memoria hacia los primeros años de su discipulado, y luego ven lo que no pudieron conocer en su momento: que la presencia de Dios los acompañó y les dió descanso. Quizás aún ahora son incapaces de discernir plenamente qué fue lo que hizo aquel tiempo tan brillante y glorioso. Están llenos de pensamientos tiernos y afectuosos hacia aquellos primeros años, pero no saben porqué. Piensan que son aquellos mismos años que ellos añoran después, mientras que es la presencia de Dios que, como ven ahora, estaba sobre ellos, la que los atrae. Piensan que regresan al pasado, cuando no están sino anhelando el futuro. No es que quieran ser niños otra vez, sino que querrían ser ángeles y ver a Dios, ser seres inmortales, coronados de amaranto, revestidos de blanco y con palmas en las manos, delante de Su trono.

Lo que pasa con la fortuna de los individuos, pasa también con la Iglesia. Sus tiempos agradables son tales en la memoria. No podemos saber quienes son grandes y quienes pequeños, qué tiempos son serios y cuáles son sus efectos, hasta después. Entonces pensamos mucho en la morada, y en las salidas y las entradas de aquellos que en su tiempo vivieron familiarmente con nosotros, y parecían como otros hombres. Luego recogemos el recuerdo de lo que hicieron aquí o dijeron allá. Sus perseguidores, no obstante poderosos, no son conocidos ni se habla de ellos, excepto para hacer resaltar sus hechos y triunfos en el Evangelio. "Reyes poderosos" que tanto se engrandecieron a sí mismos, tanto asolaron y deformaron a la Iglesia, que no podía ser vista excepto por la fe, se los encuentra, después, sin haber infringido de ningún modo la continuidad de sus contornos, que aparecen claros y gloriosos, y aún más delicados y tiernos por el mero intento de borrarlos. Se necesita muy poco estudio de la historia para probar cuán real es este caso, cuán poco interfirieron los cismas y divisiones, los desórdenes y problemas, los temores y las persecuciones, las dispersiones y amenazas, con la gloria del Cristo Místico. Así apareció después, aunque en su momento casi la ocultan, los grandes santos, los

grandes eventos y privilegios, como las montañas eternas, crecen en la medida que nos alejamos de ellas.

Hay una suerte de instinto que siente la muchedumbre, de estar en posesión de aquello que ni vieron ni aceptaron en la fe, y que, como alguien ha señalado, les hace tan mal dispuestos a renunciar, en el último momento, a aquellos privilegios que han poseído durante tiempo sin valorarlos ni emplearlos. Algunas veces, en el último momento, cuando la misericordia está a punto de ser retirada, cuando es demasiado tarde, o todo pero demasiado tarde, un sentimiento les llega de que algo precioso viene de dentro. Les parece escuchar un sonido de armas y las voces en el Templo diciendo: "Partamos de aquí" e intentan retener lo que no pueden ver; penitentes, cuando el día de gracia ha pasado.

Una vez más: cada uno de nosotros, seguramente, debe haber experimentado este sentimiento general muy fuertemente, en un tiempo u otro, como recuerdos de los sacramentos y ritos de la Iglesia. En el momento, no podemos darnos cuenta, no podemos sino creer que Cristo está con nosotros, pero después de un intervalo exhalan una dulzura como la de Sus ornamentos, de "mirra, áloe y acasia". Tal es la memoria de muchos de la Sagrada Comunión en la Iglesia o de comuniones solemnizadas junto a la cama del enfermo, o de Bautismos a los que han asistido, de Confirmaciones, matrimonios u ordenaciones. Más aún, celebraciones que en su momento no pudimos gozar, por enfermedad, agitación o cansancio, celebraciones que en vez de inspirar nuestra fe en su santidad, inquietaron nuestros corazones vacilantes, celebraciones que estuvimos tentados de pensar eran largas, y más aún, quisimos que terminaran cuando estaban realizándose (!ay! que pudiéramos ser tan ciegos y muertos a nuestro bien elevado) sin embargo después están llenas de Dios. Llegamos como Jacob, en la oscuridad, y nos recostamos con una piedra por almohada, pero cuando nos levantamos y pensamos lo que ha pasado, recordamos haber tenido una visión de ángeles y al Señor manifestado en ellos, y somos inducidos a gritar: "¡Qué temible es este lugar! ¡Esto no es otra sino la casa de Dios y la puerta del cielo!".

Para concluir, aprovechemos lo que cada día y hora nos enseña cuando desaparece. Lo que es

oscuro mientras se encuentra con nosotros, refleja el Sol de Justicia cuando ha pasado. Aprovechemos esto en el futuro, tanto como para tener fe en lo que no podemos ver. El mundo parece seguir como es usual. No hay nada de cielo en el rostro de la sociedad, en las noticias del día no hay nada de cielo, en los rostros de muchos, o en el del grande, o en el del rico, o en el del ocupado, no hay nada de cielo, en las palabras del elocuente o en los hechos del poderoso, o en los consejos del juicioso, o en las resoluciones del señorial, o en las pompas del pudiente, no hay nada de cielo. Y sin embargo el Santísimo Espíritu de Dios está aquí, la Presencia del Hijo Eterno, diez veces más gloriosa y poderosa que cuando pisó la tierra nuestra carne, está con nosotros. Permítase-nos mantener en la mente esta verdad divina: cuánto más secreta es la mano de Dios, más poderosa, cuánto más silenciosa, más tremenda. Estamos bajo el ministerio tremendo del Espíritu. Quién habla contra El arriesga más de lo que calcula, quién le aflige pierde más bendición y gloria de lo que pueda comprender. El Señor estaba con José, el Señor estaba con David, y en los días de Su carne estaba con sus Apóstoles, pero ahora está con nosotros en el Espíritu.

Y puesto que el Espíritu Divino es más que la carne y la sangre, que el Salvador resucitado y glorificado es más poderoso que cuando estaba en forma de siervo, que el Verbo Eterno, espiritualizando Su humanidad tiene más virtud, más gracia, más bendición y vida para nosotros que cuando estaba oculto en ella y sujeto a la tentación y al dolor, y puesto que la fe está más bendecida que la visión, por eso, somos mucho más



Interior de Santa María de Oxford antes de un sermón (dibujo de 1835).

privilegiados ahora y tenemos más títulos para ser llamados reyes y sacerdotes ante Dios, más aún que los discípulos que le vieron y tocaron.

Aquél que glorificó a Cristo, le comunica para glorificarnos a nosotros. Si pudo hacer milagros en los días de Su carne, ¿no podrá hacer ahora muchos más?, y si Sus milagros visibles estaban llenos de poder, que podamos penetrar en las profundidades de nuestros privilegios, gozar lo que poseemos, creer, emplear, cultivar, gloriarse en nuestros dones presentes como "miembros de Cristo, niños de Dios y herederos del reino de los cielos".

UN CAMINO CORTO A LA PERFECCIÓN

Es el decir de santos varones, que si queremos ser perfectos, no tenemos otra cosa que hacer sino realizar bien las obligaciones ordinarias del día. Un camino corto a la perfección. Corto, no por ser fácil, sino por ser pertinente y comprensible.

No hay caminos cortos a la perfección, pero sí seguros.

Creo que ésta es una enseñanza que puede ser de gran practicidad para personas como nosotros. Es fácil tener ideas vagas de lo que es la perfección, y que son suficientes para hablar de ella cuando no aspiramos a ella. Pero tan pronto como una persona desea y se pone realmente a buscarla, no se satisface con cualquier cosa, sino con lo que es tangible y claro, con lo que constituye algún tipo de dirección hacia la práctica de la misma.

Debemos tener en mente lo que se entiende por perfección. No significa ningún servicio extraordinario, algo fuera de lo común o especialmente heroico. No todos tienen la oportunidad de realizar o soportar sufrimientos heroicos. Significa lo que la palabra perfección supone ordinariamente: lo que es completo, consistente, bueno, lo opuesto a lo imperfecto, lo que no tiene defecto. Así como sabemos bien lo que es imperfecto en el culto religioso, sabemos por contraste lo que se entiende por perfección.

Es perfecto, pues, aquél que hace perfectamente el trabajo del día, y no necesita ir más allá de esto para buscar la perfección. No necesitas salirte de la rutina del día.

Insisto en esto, porque pienso que simplificará nuestras miras y fijará nuestros esfuerzos en una meta definida. Si me preguntas qué debes hacer en orden a ser perfecto, digo: primero, no te quedes en la cama más allá del debido tiempo para levantarse, ofrece tus primeros pensamientos a Dios, haz una buena visita al Santísimo Sacramento, dí el Angelus devotamente, come y bebe a la gloria de Dios, reza el Rosario bien, sé recogido, guárdate de los malos pensamientos, haz bien la meditación de la tarde, examínate diariamente, vete a la cama a tiempo, y serás perfecto.

27 de septiembre de 1856

(en "Meditations and Devotions", p.381-83)

trad: P. Fernando M. Cavaller

Discursos sobre el fin y la naturaleza de la educación universitaria

Traducción, Introducción y notas de P. José Morales

(Continuación)

Discurso Segundo

La teología como rama del saber

Hay dos cuestiones sobre las que he llamado vuestra atención al principio de mi primer discurso, como de especial importancia y gran interés en este momento. Me preguntaba si resulta compatible con la idea de Universidad privar a la Teología de un lugar entre las ciencias que la Universidad abarca. Y si es compatible con esa idea convertir a las ciencias que comportan directa utilidad en su cometido directo y principal, a expensas y en detrimento de los estudios liberales y ejercicio de la mente en los que hasta ahora consistía la actividad universitaria.

Estos son los asuntos que ocupan el contenido de lo que voy a exponer, y procedo a abordar el primero.

1

Es habitual ahora, como bien se sabe, erigir, con el nombre de Universidad, centros no provistos de cátedras teológicas. Instituciones de este género existen tanto aquí en Irlanda como en Inglaterra. Tal modo de proceder, defendido por escritores de la pasada generación con argumentos plausibles y no escaso ingenio, me parece un absurdo intelectual, y mi razón para afirmarlo podría formularse, de manera un tanto abrupta, con el siguiente silogismo: Una Universidad hace profesión, por su mismo nombre, de enseñar un saber universal. La teología es ciertamente una rama de ese saber. ¿Cómo es posible entonces abarcar todas las ramas del saber, y excluir, sin embargo, de las materias enseñadas una que es, por lo menos, tan importante y extensa como cualquiera de las demás? Creo que ninguna de las premisas de este razonamiento admite excepción.

Por lo que respecta a la extensión de la enseñanza universitaria, el propio nombre de Universidad es incompatible con restricciones de cualquier tipo. Sea cual sea la razón original para adoptar ese nombre, que nos es desconocida, lo uso en su sentido popular y generalmente aceptado, cuando digo que una Universidad debe enseñar un saber universal. Que existe una necesidad real de este saber universal en las más altas escuelas del intelecto es algo que mostraré gradualmente a continuación. De momento baste decir que tal universalidad es considerada por los autores como la auténtica característica de una Universidad, en contraste con otras sedes del saber. Así Johnson¹ en su Diccionario la define como "una escuela donde se enseñan todas las artes y facultades"; y Mosheim,² que escribe como historiador, afirma que, antes de la fundación de la Universidad de París - por ejemplo, en Padua, Salamanca o Colonia- "no se enseñaba el ciclo entero de las ciencias entonces conocidas", pero que la escuela de París, "que aventajó a todas las demás en varios aspectos, así como en el número de profesores y estudiantes, fue la primera en abrazar todas las artes y ciencias, y convertirse así en la primera Universidad" (Hist. vol.ii, p. 529, London 1841).

Si, con otros autores, consideramos que el término deriva de la invitación con la que una Universidad convoca a estudiantes de toda clase, el resultado es el mismo. Porque si algunas ramas del saber fueran excluidas, serían también excluidos los estudiantes que desearan seguirlos.

¿Es entonces lógicamente coherente que un centro de saber se llame Universidad, y que excluya a la Teología

¹ Cfr. nota del Discurso Introductorio.

² El luterano Johann Lorenz von Mosheim (1694-1755), profesor de Teología en Göttingen, es considerado por muchos como el primer historiador moderno de la Iglesia. Publicó en 1726 las *Institutiones Historiae Ecclesiasticae*, obra famosa por el esfuerzo de objetividad que refleja en su autor.

de sus estudios? ¿Y es extraño que los Católicos, considerada solo la razón y puestos al margen la fe y el deber religioso, se declaren insatisfechos con las instituciones existentes, que se dicen Universidades y se niegan a enseñar Teología? ¿Es extraño que deseen, en consecuencia, disponer de centros de enseñanza que sean no solo más cristianos, sino también más filosóficos en su estructura, y más amplios y profundos en su oferta de saber?

Pero todo esto supone, desde luego, asumir que la Teología es una ciencia, y una ciencia importante, de modo que formularé mi argumento de modo más preciso. Digo entonces que si una Universidad es, por su propia naturaleza, un lugar de instrucción en el que se profesa un saber universal, y si en una cierta Universidad, así llamada, se excluye la Religión, resulta inevitable una de dos conclusiones: o bien que el campo de la Religión es estéril en cuanto al verdadero conocimiento, o que en esa Universidad se omite una especial e importante rama del saber. El defensor de tal institución debe, por lo tanto, afirmar *esto*, o afirmar *aquello*. Debe sostener que poco o nada es conocido acerca del Ser Supremo, o que su centro de saber se llama a sí mismo lo que no es.

Esta es la tesis que establezco y en la que insistiré como tema de este discurso. Repito que el compromiso entre grupos religiosos como el que supone el establecimiento de una Universidad que no hace profesión religiosa alguna, implica que esos grupos, cada uno a su modo, consideran, no que sus respectivas ideas son bagatelas en un sentido moral y práctico, pero sí que no constituyen conocimiento. Si creyeran en su corazón que sus opiniones privadas en religión, sean los que sean, eran absoluta y objetivamente verdaderas, resultaría inconcebible que las menospreciaran hasta el punto de aceptar su exclusión en una institución que está obligada por su naturaleza -por su misma idea y su denominación- a profesar toda clase de saberes.

2

Pienso que se entenderá que no se trata de una cuestión de palabras. Concedo plenamente que cuando unos hombres se unen con vistas a un objetivo común se ven obligados lógicamente, con el fin de mantener las ventajas de una acción conjunta, a sacrificar muchos de sus deseos y opiniones particulares, y olvidar las diferencias menores que existen entre unos y otros. No hay dos personas que por mucha que sea su intimidad, su semejanza de gustos y juicios, su deseo de ser un mismo corazón y una misma alma, no deban sin embargo negarse a sí mismas, por el bien de ambas, muchas cosas que aman y desean, si han de vivir juntas felizmente.

El compromiso, en sentido amplio de la palabra, constituye en efecto el primer principio de la colaboración, y el que insiste en gozar plenamente de sus dere-

chos, y de sus opiniones sin tolerar las del vecino, y en su modo de hacer en todas las cosas, tendrá pronto todo para sí mismo, pero sin nadie que comparta nada con él.

Pero siendo todo esto verdad, como lo es de modo ostensible, hay sin embargo un límite obvio a estos compromisos, por necesarios que sean. Tal circunstancia se advierte ya en la condición de que las diferencias en las que se cede han de ser pequeñas, o que no debe sacrificarse el objeto principal de la colaboración, en las concesiones que mutuamente se hacen. Todo sacrificio que comprometa ese objeto principal resulta destructivo para el principio de la colaboración, y ninguna persona coherente aceptaría ser parte en ella.

Así, por ejemplo, si personas de diversas confesiones religiosas se unen para difundir lo que se llama tractos evangélicos, lo hacen con la convicción de que el objeto de su colaboración, reconocido por todas ellas, es el beneficio espiritual de sus conciudadanos, y que ninguna exhortación religiosa cualquiera que sea su carácter, puede contradecir esencialmente las ventajas de insistir fielmente en la doctrina luterana de la Justificación. Si, además, se ponen de acuerdo en imprimir y distribuir Biblias protestantes, lo hacen porque todos mantienen el principio de que, aunque existan entre ellos diferencias importantes en sus sentimientos religiosos, tales diferencias se disipan ante el único gran principio simbolizado en ese proyecto: que la Biblia, toda la Biblia, y solamente la Biblia constituye la religión de los Protestantes.³ Si, por el contrario, el comité de esa iniciativa introdujera en los ejemplares de esa Biblia folletos que recomendasen el Credo Atanasiano⁴ o la doctrina del mérito de las buenas obras, entiendo que cualquier participante en la empresa estaría en su justo derecho de quejarse sobre un modo de actuar que compromete el principio del libre examen como el único intérprete auténtico de la Escritura. Estos ejemplos bastan para ilustrar mi tesis general de que las coaliciones y colaboraciones en pro de un objeto poseen su vida en la prosecución de ese objeto, y pierden su sentido tan pronto como el objeto en cuestión resulta comprometido o despreciado.

Cuando un determinado número de personas se asocian, no como políticos, diplomáticos, abogados u hombres de negocios, sino con el único objeto de promover saber universal, pueden sacrificar muchas cosas, como, por ejemplo, ambición, reputación, ocio, comodidad, intereses partidarios, dinero. Pero hay algo que no pueden sacrificar: el conocimiento en sí mismo. Dado que el saber es su objetivo, no hace falta que insistan en sus opiniones personales sobre historia antigua o moderna,

³ Es una máxima que procede del anglicano William Chillingworth (1602-1644).

⁴ El Símbolo Atanasiano, que destaca por su contenido dogmático, era considerado con honda antipatía por algunas corrientes protestantes y anglicanas de carácter liberal.

prosperidad nacional, o equilibrio de poder. No necesitan evitar la cooperación de los que no piensan en esos temas como ellos. Pero deben estar de acuerdo en que el saber en sí mismo no ha de verse comprometido; y respecto a esas ideas que abandonan, es obvio que las consideran opiniones y nada más, aunque sean muy queridas e importantes para ellos personalmente. Pueden ser opiniones ingeniosas, admirables, placenteras, útiles, convenientes, pero no merecedoras del nombre de conocimiento o ciencia.

Ninguno insistirá, por ejemplo, en la teoría Maltusiana⁵ como un elemento *sine qua non* de un centro de saber; ni nadie consentirá en abandonar la teoría de Newton, que se ha demostrado verdadera, en el mismo sentido de la existencia del sol y de la luna. Si entonces en una institución que profesa estar abierta a todo el saber, nada se enseña sobre el Ser Supremo, parece lícito concluir que los individuos promotores de ese centro, si son coherentes, mantienen claramente que nada se sabe con certeza sobre el Ser Supremo, nada al menos que tenga derecho a ser considerado como una adición real al volumen de conocimiento general existente en el mundo.

Si de otro lado resulta que algo considerable es conocido sobre el Ser Supremo, por razón o Revelación, entonces la institución de que hablamos profesa todas las ciencias, y deja fuera a la más importante. En una palabra, aunque la afirmación parezca atrevida, no veo cómo puedo evitarla y no sostener que semejante institución no es lo que dice ser, si Dios existe realmente. No quiero parecer declamatorio, pero en base al valor mismo de las palabras, es evidente que un Ser Divino y una Universidad así entendida no pueden coexistir.

3

Esto puede, sin embargo, parecer a muchos una abrupta conclusión, y no estarán dispuestos a aceptarla. ¿Qué respuesta puedo darles? Tal vez la siguiente: existen diferentes tipos o esferas de conocimiento, humano, divino, sensible, intelectual, etc; y una Universidad adopta ciertamente toda variedad de conocimiento en su propia línea, pero mantiene en todo caso una línea propia. Contempla, ocupa un cierto orden y una cierta dimensión de conocimiento. Comprendo la observación, pero reconozco que no entiendo cómo puede aplicarse en nuestro caso. No puedo construir mi definición del objeto del saber universitario y fijar mis límites en torno suyo, de modo que incluyendo las demás ciencias que usualmente se estudian en las universidades, deba sin embargo excluir la ciencia de la religión.

¿Hemos, por ejemplo, de limitar nuestra idea de sa-



Mediotinta realizada por Samuel Cousins en 1880

ber universitario por la experiencia de nuestros sentidos? En tal caso, hemos de excluir la ética. ¿Por la evidencia de la intuición? En tal caso prescindiríamos de la historia. ¿Por el testimonio? Excluiríamos entonces la metafísica. ¿Por el razonamiento abstracto? Habríamos eliminado las ciencias físicas. ¿Acaso no nos es la existencia de Dios testimoniada en la historia, inferida mediante un proceso inductivo, traída a nuestra mente por la necesidad metafísica, y urgida en nosotros por la voz de nuestra conciencia? Se trata de una verdad que pertenece tanto al orden natural como al sobrenatural.

Dicho esto respecto al origen de esta verdad, ¿cuál es su valor, una vez que la hemos obtenido? ¿Es una verdad de poca monta o de gran importancia? ¿Es una verdad abarcante? Supuesto que no dispusiéramos de ninguna otra verdad con excepción de ésta, habría suficiente para llenar la mente, y tendríamos de golpe todo un sistema dogmático.

La palabra *Dios* es una Teología en sí misma, indivisiblemente una, inagotablemente variada, por la amplitud y simplicidad de su significado. Admitid un Dios, e introducid inmediatamente entre los contenidos de vuestro conocimiento un hecho inconmensurable, que des-

⁵ Thomas R. Malthus (1766-1834) publicó su conocido ensayo sobre la población en 1798.

borda y absorbe cualquier otro hecho concebible. ¿Cómo podemos investigar cualquier parte y nivel de conocimiento, y detenernos precisamente en el saber que abarca todos los órdenes? Todos los principios verdaderos se hallan impregnados de ese saber, todos los fenómenos convergen allí: es realmente el Primero y el Último.

En palabras y en idea es bastante fácil dividir el conocimiento en humano y divino, secular y religioso, y afirmar que nos ocuparemos de uno sin interferir en el otro; pero de hecho resulta imposible. Concediendo que la verdad divina difiere en especie de la verdad humana, así también las verdades humanas difieren en especie unas de otras. Si el conocimiento del Creador se encuentra en un orden diferente al conocimiento de la criatura, de igual modo la ciencia metafísica pertenece a un orden diferente del físico, y éste, de la historia, y la historia, de la ética. Reduciremos a fragmentos el círculo entero del saber profano, si comenzamos a mutilar el saber divino.

He hablado de la Teología Natural, pero mi argumento se refuerza cuando me ocupo de la Revelación. Si aceptamos como verdadera la doctrina de la Encarnación, ¿no posee a la vez la naturaleza de hecho histórico y de verdad metafísica? Si aceptamos la existencia de los ángeles, ¿no se trata acaso de un conocimiento en el mismo sentido de la afirmación del naturalista de que miríadas de seres vivos podrían coexistir en la punta de una aguja? Que la tierra será consumida por el fuego es, de ser verdad, un hecho tan palmario como que grandes monstruos habitaron sus profundidades; que el Anticristo vendrá es un título de un libro de historia tan apodíctico como que Nerón o Juliano fueron emperadores de Roma; que un divino influjo mueve la voluntad es un tema de pensamiento no más misterioso que el resultado de la volición sobre nuestros músculos, que admitimos como un hecho en filosofía.

No consigo entender cómo sea posible para una mente filosófica aceptar, primero, estos hechos religiosos como verdaderos; decidir, luego, ignorarlos; y en tercer lugar, sugerir manteniendo, a pesar de todo, que enseña de *omni scibili*. No. Si un hombre piensa en su corazón que estos hechos religiosos distan mucho de ser ciertos, y que no son verdaderos en el sentido en que lo es la ley de la gravedad, comprendo que excluya la religión de la Universidad, aunque lo haga por otros motivos. En tal caso, las diferencias de opinión religiosa bajo las que justifica su conducta no son solo su defensa para repudiar públicamente la religión, sino también una causa para no creer privadamente en ella. Piensa que nada es conocido o pueda ser conocido con certeza sobre el origen del mundo o el fin del hombre.

4

Ésta, me temo, es la conclusión a la que intelectos cla-

ros, lógicos y coherentes han llegado o van a llegar por la naturaleza misma de las cosas; y, desgraciadamente, además de esta sospecha *prima-facie*, existen tendencias concretas en esa dirección dentro del Protestantismo, visto en su idea original o en el llamado movimiento Evangélico desarrollado en estas islas durante el pasado siglo. El mundo religioso, como se le suele llamar hoy, mantiene en general que la religión consiste no en conocimiento sino en sentimiento o emociones. La antigua noción Católica, que todavía está presente en la Iglesia Establecida,⁶ decía que la Fe era un acto intelectual, que su objeto era la Verdad, y que el resultado era conocimiento.

Si consultáis, por ejemplo, el Prayer Book⁷ anglicano encontraréis *credenda* definidos, así como igualmente definidos *agenda*. Pero a medida que se difundió la levadura luterana se puso de moda decir que la Fe no era una aceptación de la doctrina revelada ni un acto del intelecto, sino un sentimiento, una emoción, un impulso afectivo, una apetencia. Y al predominar esta concepción de la Fe, se olvidó o negó más y más la conexión de la Fe con la Verdad y el Conocimiento. A la larga la identidad de esta (así llamada) espiritualidad del corazón y la virtud de la Fe se vió aceptada por todas partes. Hubo gentes, desde luego, que desaprobaban el Pietismo en cuestión, mientras que otros lo admiraban. Pero lo desaprobaban o lo admiraban, todos los grupos estaban de acuerdo en lo fundamental, es decir, en considerar que esa era la sustancia de la religión, y nada más que esa; que la religión consistía no en argumento, sino en gusto y sentimientos, que nada era objetivo, sino todo subjetivo, en asuntos de doctrina.

Incluso los que advertían la artificiosidad de la que se revistió la tendencia religiosa mencionada, según pensando que la religión, como tal, consistía en cosas ajenas a todo ejercicio del intelecto, es decir, afectos, imaginación, persuasiones íntimas, consuelos, sensaciones agradables, cambios repentinos, y fantasías sublimes. Se acostumbraron a creer y a dar por supuesto que la religión no era sino la satisfacción de las necesidades de la naturaleza humana, pero no un hecho externo ni una obra divina. Existía una demanda de religión, y había por tanto que suministrar una oferta. La naturaleza no podía prescindir de la religión, como tampoco puede carecer de pan, de modo que una oferta religiosa, buena o mala, se hacía absolutamente necesaria, y lo mismo que ocurre con los artículos de sustento diario, un artículo de inferior calidad era mejor que ninguno en absoluto.

La Religión fue, por tanto, considerada útil, venera-

⁶ Se refiere a la Iglesia Anglicana, que es por ley una corporación pública sometida al Parlamento.

⁷ El Book of Common Prayer contiene el ritual oficial y el Calendario litúrgico de la Iglesia anglicana. Isabel I publicó en 1559 una versión, que fue revisada en la edición de 1661.

ble, bella, sanción del orden establecido, soporte del buen gobierno, y freno de una voluntad arbitraria, resultados todos ellos que las leyes no pueden conseguir. ¿Pero, en último término, cuál era su base? Se trataba de una pregunta delicada de hacer, y cuya contestación resultaba imprudente. Pero si hemos de decir verdad, aunque sea como obligados a hacerlo, todo se resumía en que la religión se fundamentaba en la costumbre, el prejuicio, la ley, la educación, el hábito, la lealtad, el feudalismo, el pragmatismo ilustrado, y en muchas otras cosas, pero de ningún modo en la razón. La razón no era ni su garantía ni su instrumento, y la ciencia guardaba tan poca relación con ella, es decir, con la religión, como con las modas del momento, o con el estado del tiempo.

Véis entonces cómo una teoría o filosofía, que comenzó con los cambios religiosos del siglo XVI, ha llevado a conclusiones que los autores de esos cambios serían los primeros en denunciar, y ha sido adoptada por el amplio e influyente sector del pensamiento que denominamos liberal o latitudinario; y véis asimismo cómo, donde prevalece, resulta irrazonable pedir una cátedra universitaria para la religión, como lo sería exigirla para los sentimientos delicados, el sentido del honor, el patriotismo, la gratitud, el amor materno o la camaradería, propuestas todas que serían simplemente incomprensibles.

Como ilustración de lo que he dicho, acudiré, en primer lugar, a un estadista, que no es un político sin más, un comerciante de votos o de acciones de bolsa, sino un filósofo, un tribuno, un hombre cuya profesión y cuyo objetivo han sido siempre cultivar lo bello, lo noble y lo generoso. No puedo olvidar el celebrado discurso de la persona a que me refiero, que se halla entre los primeros de su oficio, y que además ha contribuido, tanto como cualquier otro político vivo, a conseguir en estas Islas el reconocimiento público del principio de separación entre el saber religioso y el profano. Este brillante pensador,⁸ durante los años en que trabajaba en pro de ese principio, pronunció un discurso con ocasión de una celebración pública, y a propósito de la incidencia del saber en general sobre la creencia religiosa, dijo lo siguiente:

"Así como los hombres no van a tolerar más que se les lleve ciegos en ignorancia, tampoco aceptarán por más tiempo el vil principio de juzgar y tratar a sus semejantes, no según el mérito intrínseco de sus actos, sino según la coincidencia accidental e involuntaria de sus opiniones. Por fin ha llegado a todos los confines de la tierra la gran verdad -y lo escribe en letras mayúsculas- de que ningún hombre ha de rendir cuentas a otro por

sus creencias, sobre las que él mismo no posee control alguno. De ahora en adelante nada ha de movernos a alabar o censurar a nadie por lo que él puede cambiar tan poco como el color de su piel o su misma estatura" (Mr. Brougham's Glasgow Discourse).

Véis que, si hemos de atenernos a las opiniones de este filósofo para decidir el tema, las ideas religiosas se encuentran tan lejanas de ser algo real o de representar algo más allá de sí mismas, y son peculiaridades, idiosincrasias o accidentes del individuo tanto como poseer la estatura de un habitante de la Patagonia o los rasgos de un hombre de color.

Tal vez estas afirmaciones provenían de un momento de excitación. Pero no es así. De otro modo yo no habría mencionado las palabras de una mente fértil, pronunciadas hace tanto tiempo. Lo que Mr. Brougham estableció como un principio en 1825 resuena en 1852 por todas partes en torno nuestro, con creciente confianza y éxito. Abro las minutas del comité del Consejo de educación relativas a los años 1848-1850, presentadas a ambas cámaras del Parlamento por mandato de su Majestad, y encuentro en la página 467 del vol. segundo, que uno de los Inspectores escolares del gobierno divide "los temas comprendidos usualmente en la clase más alta de las escuelas primarias" en cuatro apartados: el conocimiento de signos, como leer y escribir; de hechos, como geografía y astronomía; de relaciones y leyes, como matemáticas; y finalmente de sentimientos, como poesía y música.

Nada más leer esta división me pregunté, antes de averiguar los propósitos del escritor, en cuál de estos cuatro títulos se incluía la religión, si es que se incluía en alguno de ellos. ¿La dejó de lado como objeto demasiado delicado y venerable para ser enumerado junto con estudios profanos? ¿O la tuvo expresamente en cuenta al hacer la división? Podríamos realmente encontrarle de algún modo un lugar a la religión bajo el primer título, o el segundo, o el tercero. Porque la religión tiene que ver con hechos, dado que nos habla de un Ser autosubsistente. Tiene que ver con relaciones, pues habla del Creador. Y tiene asimismo que ver con signos, dado que nos dice la manera debida para hablar de El.

Hay, sin embargo, un título al que no puedo referir la religión, es decir, al sentimiento, porque supongo que la música y la poesía, ejemplos de sentimiento para el escritor, no tienen mucho que ver con la Verdad, que es el objeto principal de la religión. Imaginen mi sorpresa cuando encuentro luego que es precisamente el cuarto título el elegido por el autor del informe para incluir los temas religiosos. "Inculcar sentimientos -dice- abarca lecciones en su más alto sentido, poesía, música, así como educación moral y religiosa". Está lejos de mi intención referirme a este autor por sí mismo, pues no deseo herir los sentimientos de un caballero que solo intenta cumplir con celo un deber difícil. Pero tomándolo como

⁸ Henry Peter Brougham (1778-1868), conocido por sus ideas liberales, impulsó numerosas reformas políticas. El discurso de Glasgow citado en el texto data del año 1825.

ejemplo de la entendida escuela de pensamiento a la que pertenece, pienso que nada hay mejor que este cándido reconocimiento para demostrar que según las ideas de esta escuela, la religión no es conocimiento, nada tiene que ver con éste, y se excluye de los cursos Universitarios no solo porque tal exclusión resulta inevitable, por motivos políticos o sociales, sino porque nada en absoluto se le ha perdido allí, dado que es considerada gusto, sentimiento, opinión, y nada más.

Nuestro escritor reconoce él mismo semejante conclusión cuando más adelante explica: "Según la clasificación propuesta, la *idea esencial* de toda educación religiosa ha de consistir en fomentar directamente los *sentimientos*." Lo que buscamos, entonces, cuando impartimos educación religiosa, es, al parecer, no suministrar conocimiento alguno, sino satisfacer de algún modo el deseo de lo Invisible, que surgirá en nuestras mentes a pesar de nosotros mismos, equipar el alma con medios de autocontrol, imprimir en ella las bellas ideas que santos y sabios han acuñado, embellecerla con tonos brillantes de piedad celestial, enseñarlas, en fin, la poesía de la devoción, la música de unos afectos bien ordenados, y el lujo del bien obrar. Por lo que al intelecto se refiere, su ejercicio resulta inevitable siempre que se forman impresiones de orden moral, dada la constitución de la mente humana; pero ese ejercicio es diverso en sus resultados y en las conclusiones que obtiene de nuestras impresiones, según las peculiaridades de cada individuo.

Algo parecido a estas ideas parece ser mente del autor, pero no necesitamos introducirnos en los aspectos más sutiles del tema, para lograr una visión precisa de su significado general; y tomándolo honestamente como un muestra de la filosofía actual, adoptada por personas que no son incrédulos conscientes, y por otras que se burlan de la Fe, considero ampliamente explicado cómo ha ocurrido que la filosofía del momento haya erigido un sistema de saber universal, y enseñe plantas, suelos, reptiles y mamíferos, gases, disciplinas sobre la corteza de la tierra y los cambios de la atmósfera, sobre el sol, la luna, y las estrellas, sobre el hombre y sus acciones, sobre la historia del mundo, sobre la sensación, la memoria y las pasiones, sobre el deber, la causa y el efecto, sobre todas las cosas imaginables, excepto una, precisamente sobre El que hizo todas esas cosas, es decir, sobre Dios. Digo que la razón es evidente, porque consideran que, respecto a la criatura, el conocimiento es ilimitado, pero imposible o inútil respecto al ser, los atributos, y las obras de Dios.

6

Se me puede objetar, desde luego, que esta descripción resulta claramente extrema, porque la escuela mencionada pone gran énfasis en las pruebas suministradas

por la Creación a favor del Ser y de los atributos del Creador. Se me podrían, por ejemplo, recordar las palabras de un orador en una ocasión memorable. Cuando se puso la primera piedra de la Universidad de Londres, un hombre culto, elevado luego a la sede protestante de Durham,⁹ que todavía ocupa, abrió ciertamente los actos con una oración. Se dirigió a la Deidad, según informa una crónica fehaciente, "mientras la entera asamblea que le rodeaba permanecía en pie, descubierta y en solemne silencio. "Tú -dijo el orador en nombre de todos los presentes- has construido la ancha fábrica del universo de modo tan maravilloso, has dispuesto sus movimientos, y formado de tal manera sus producciones, que la contemplación y el estudio de tus obras empujan la mente hacia la ciencia humana, a la vez que conducen hacia la *Verdad divina*."

Hay aquí aparentemente un claro reconocimiento de que existe algo que puede llamarse Verdad en el ámbito de la religión; y si se tratara de una frase independiente, que fuera además el único medio a nuestra disposición para determinar los sentimientos del poderoso grupo a quien el distinguido orador representaba allí, sería, en su sentido corriente, satisfactoria. Lo admito, y admito también el reconocimiento del Ser y de algunos Atributos de Dios, contenidos en los escritos de la culta persona cuyas palabras he citado, cuyo talento, siendo versátil y multiforme como es, en nada ha sido tan constante como en su devoción al progreso del conocimiento, tanto científico como literario. En su "Discurso sobre los objetos, ventajas y satisfacciones de la ciencia",¹⁰ después de ilustrar diversamente lo que llama sus "gratificantes sorpresas", corona el elenco con la mención de "la más alta de todas nuestras satisfacciones en la contemplación de la ciencia", que procede a explicar del siguiente modo: "Somos elevados por ellas al conocimiento de la sabiduría y bondad infinitas que el Creador ha desplegado en todas sus obras. No puede darse un solo paso en cualquier dirección -continúa- sin percibir las huellas más extraordinarias de un designio. Y la habilidad divina, impresionante por doquier, está ordenada en una proporción tan vasta de casos a promover la felicidad de las criaturas vivientes, y especialmente la nuestra, que no podemos albergar duda alguna en concluir que, si conociéramos el esquema entero de la Providencia, veríamos que cada una de sus partes se halla en armonía con un plan de absoluta benevolencia. Independiente, sin embargo, de esta consoladora deducción, es la alegría inexpressable de poder seguir con nuestros ojos, por así decirlo, las maravillosas obras del Gran Arquitecto de la Naturaleza, así como

⁹ Edward Maltby (1770-1859) fue un excelente helenista. Ocupó la sede anglicana de Durham desde 1836. Fue uno de los Obispos que en 1841 condenó el Tracto 90 de Newman.

¹⁰ Apareció en 1827, como primera publicación de la Society for the Diffusion of Useful Knowledge.

trazar el curso del poder ilimitado y de la exquisita destreza que se manifiestan tanto en las más pequeñas como en las mayores partes del universo. El placer derivado de este estudio resulta incesante, y es tan variado que nunca cansa el deseo de continuar. Es distinto a las vulgares satisfacciones de los sentidos también en otro aspecto: eleva y refina nuestra naturaleza, mientras que aquéllas perjudican la salud, degradan la inteligencia, y corrompen los sentimientos. Nos enseña a mirar las cosas terrenas como insignificantes y despreciables, con excepción de la persecución del saber y el cultivo de la virtud, es decir, el estricto cumplimiento de nuestro deber respecto a la sociedad. Confiere finalmente una dignidad e importancia a los goces de la vida, que la gente frívola y rastrera no es en absoluto capaz de comprender”.

Estas son las palabras de un prominente campeón de la educación mixta. Si la deducción lógica es, como indudablemente parece ser, un instrumento de la verdad, se me puede, desde luego, responder que al admitir la posibilidad de inferir la existencia de Dios y de sus Atributos a partir de los fenómenos de la naturaleza, nuestro autor acepta claramente una base de Verdad para las doctrinas de la religión.

7

Deseo dar a las consideraciones expuestas todo su peso, tanto por la importancia del asunto, como por el respeto debido a las personas a quienes critico. Pero antes de estar seguro de que entiendo bien su pensamiento, he de hacer una pregunta *ex abrupto*. Cuando se me dice por los partidarios de universidades sin enseñanza teológica, que la ciencia humana conduce a creer en un Ser Supremo, me veo obligado, sin negar el hecho —es más, plenamente convencido de él, como católico— a preguntar qué significa en sus labios semejante declaración, es decir, qué entienden por la palabra Dios. No se me juzgue ofensivo si pongo en duda que esta palabra signifique lo mismo para las dos partes de la controversia.

Para nosotros, Católicos, como para los Protestantes de la primera hora, los musulmanes, y todo Teísta, la palabra contiene, como ya he afirmado, toda una teología en sí misma. Con riesgo de anticipar lo que diré en mi próximo discurso, permitidme recordaros que, según las enseñanzas del Monoteísmo, Dios es un ser individual, Independiente, Perfecto en grado sumo e Inmutable. Es asimismo un Ser Inteligente, vivo, personal y omnipresente. Es todopoderoso, todo lo ve y todo lo recuerda. Existe un abismo infinito entre El y sus criaturas. Dios no tiene origen, se basta absolutamente a Sí mismo, ha creado y mantiene el universo, y nos juzgará a cada uno de nosotros, tarde o temprano, según la ley del bien y del mal que El mismo ha escrito en nuestros corazones.

Dios conserva la soberanía sobre las disposiciones que ha tomado, opera entre ellas y es independiente de ellas. Tiene todo en sus manos, alberga un propósito en cada suceso, y una medida en toda obra, de modo que guarda una relación propia suya respecto al objeto de cada ciencia particular de las muchas que se contienen en el libro del saber. Con una adorable e incesante energía ha querido implicarse en la entera historia de la Creación, la constitución de la naturaleza, el curso del mundo, el origen de la sociedad, el destino de las naciones, y la acción de la mente humana. Se hace, por tanto, necesariamente el asunto de una ciencia, que es más amplia y noble que cualquiera de las incluidas en el ciclo de la educación profana.

Esta es la doctrina que la Fe en Dios implica para la mente de un Católico. Si significa algo, significa todo lo dicho, y es imposible que deje de significarlo, junto con muchas cosas más. Incluso aunque nada hubiera en las opiniones religiosas de los tres últimos siglos contrario a la verdad dogmática, yo tendría dificultades en aceptar que una doctrina tan misteriosa y contundente como ésta, fuera asumida como asunto de rutina por toda persona educada de hoy que se aplicara a considerarla atentamente.

Más bien, en una situación de la sociedad como la nuestra, en la que autoridad, prescripción, hábito, instinto moral e influencias divinas nada cuentan, en la que el pensamiento pausado, la profundidad y la coherencia de los puntos de vista son ridiculizados como sutiles y escolásticos, y en la que la libre discusión y el juicio falible son valorados como un derecho innato de todo individuo, se me puede perdonar que ejercite, sobre la época, en cuanto a su opinión en esta doctrina, algo de ese escepticismo que ella misma ejercita hacia toda afirmación recibida y no sometida a escrutinio. No puedo darlo por supuesto, y debo convencerme con hechos tangibles que el espíritu del tiempo entiende por Ser Supremo lo mismo que los Católicos. Sería un alivio para mi mente llegar a estar seguro de que las gentes influidas por ese espíritu poseen, no ya una verdadera aprehensión de Dios, sino algo parecido a la idea de lo que una verdadera aprehensión significa.

Nada es más fácil que usar la palabra y no querer decir nada con ella. Los paganos solían decir “querer de Dios” cuando se referían al destino, “Dios provee” cuando hablaban del azar, “Dios actúa”, cuando se querían referir al “Instinto” o al “Sentido”; y “Dios está en todas partes”, cuando hablaban del “Alma de la Naturaleza”. El Todopoderoso es una realidad infinitamente diferente de un principio, un centro de acción, una cualidad, o una generalización de fenómenos. Sí, entonces, por esta palabra queréis significar un Ser que guarda el mundo en orden, que actúa en él, pero solo al modo de una Providencia general, que actúa sobre nosotros pero solo a

través de lo que llamamos leyes de la Naturaleza, que es más concebible como no actuando en absoluto que haciéndolo independientemente de esas leyes, y que es conocido y hecho cercano pero solo a través de ellas: este Dios no es difícil de concebir ni de aceptar para nadie. Si, al igual que se podría revolucionar la sociedad, también el cielo se revolucionaría si se cambiara la soberanía divina en una especie de monarquía constitucional, en la que el Trono abunda en honor y ceremonial pero no puede emanar los mandatos más corrientes excepto mediante las formas y los precedentes legales, y con la firma de un ministro. Entonces la Fe en Dios no sería otra cosa que un reconocimiento de fuerzas físicas y fenómenos reales que solo un necio se atrevería a negar. Si el Ser Supremo es poderoso o hábil en sentido análogo a como el telescopio muestra poder y el microscopio habilidad, si Su ley moral debe detectarse meramente a través de los procesos físicos de la constitución animal, o Su voluntad debe deducirse a partir de los temas inmediatos de los asuntos humanos, si Su Esencia es simplemente alta y profunda, ancha y extensa como el universo y nada más: si así son las cosas, confieso que no existe en verdad ninguna ciencia específica sobre Dios, y que la Teología en un puro nombre, y una hipocresía cualquier alegato que se haga en su defensa. Porque entonces Dios coincide con las leyes del universo; es una función, un correlato, una reflexión subjetiva y una impresión mental de los fenómenos que componen el mundo material o moral, que discurren veloces ante nosotros. Entonces, piadoso como es pensar en Dios, mientras la aparatosidad del experimento o el razonamiento abstracto pasan, semejante piedad no es otra cosa que poesía del pensamiento o un ornamento del lenguaje, y no ejerce ni siquiera una influencia infinitesimal sobre la filosofía o la ciencia, de las cuales sería más bien una producción parásita.

Comprendo en tal caso porqué la Teología no requiere una docencia específica, dado que nada contiene sobre la que podamos equivocarnos; comprendo asimismo porqué se halla importante respecto a las anticipaciones científicas, pues es simplemente una de ellas; y comprendo porqué se muestra sencillamente absurda en sus denuncias de la herejía, dado que la herejía no pertenece al reino de los hechos y experimentos. Comprendo tam-



Santa María la Virgen vista del norte, 1754 publicada por J Skelton, 1843

bién que, en tal caso, el sentido religioso no represente sino un *sentimiento*, y su ejercicio una "gratificante sorpresa", pues es solo el sentido de lo bello y lo sublime. Entiendo porqué la contemplación del universo "lleva hacia la verdad divina", porque no ésta no es algo diferente de la Naturaleza, sino la Naturaleza misma rodeada de un halo divino. Comprendo el entusiasmo expresado hacia la Teología natural, pues este estudio es únicamente un modo de considerar la naturaleza visible, una cierta visión, privada y personal de la Naturaleza, que un hombre tiene y otro no tiene, que sorprende a inteligencias dotadas, que otros consideran admisible e ingeniosa, y cuya adopción hará mejores a todos. No es otra cosa que la Teología de la Naturaleza, como también podríamos hablar de la *filosofía* o el *romance* de la historia, o la poesía de la influencia, o lo pinturesco, lo sentimental, lo humorístico u otra cualidad abstracta que el talento o capricho de un individuo, o la moda del momento, o el consenso de la *gewnte*, reconoce en un determinado grupo de objetos que contemplan.

8

Semejantes ideas de religión me parecen muy lejanas al Monoteísmo. No las atribuyo a éste o aquél individuo

perteneciente a la escuela de pensamiento que las difunde. Pero lo que leo sobre la "satisfacción" de mantenerse al día respecto a nuestras investigaciones científicas sobre "el Arquitecto de la Naturaleza", y cómo esa satisfacción "proporciona dignidad e importancia al disfrute de la vida", enseñándonos que el saber y nuestros deberes hacia la sociedad son los únicos objetos tenemos dignos de nuestra atención, confieso que todas estas consideraciones me asustan, y que la invocación que el Dr. Maltby dirige a la Deidad no basta para tranquilizarme.

No veo en efecto mucha diferencia entre afirmar que Dios no existe y sugerir implícitamente que nada preciso puede con certeza ser conocido acerca de Él; y cuando me encuentro con que la educación religiosa es tratada como cultivo del sentimiento, y que la Fe se considera como un colorido accidental o una postura de la mente, me viene poderosamente a la memoria, mal que me pese, una desagradable página de metafísica sobre las relaciones entre Dios y la Naturaleza, tal como se insinúan en filósofos como Hume. Este agudo, aunque alicorto, pensador en su investigación sobre el Entendimiento Humano, introduce, como es bien sabido, a Epicuro -un maestro de ateísmo- dirigiendo una arenga al pueblo de Atenas, no en defensa sino en excusa de la opinión atea.

Su intención es mostrar que, como esta opinión no es otra cosa que el repudio de una teoría, y una representación precisa de fenómenos y hechos, no puede ser peligrosa, a menos que esos hechos y fenómenos lo sean. Se le hace decir a Epicuro que la contradicción de la filosofía ha sido siempre la de argumentar desde la Naturaleza a favor de algo que está más allá de ésta, y que es más grande que ella. Dado que Dios -afirma- es conocido solamente a través del mundo visible, nuestro conocimiento de Él es absolutamente correlativo al conocimiento del mundo: no es nada distinto a este conocimiento, sino un modo de considerarlo.

Se sigue de aquí que, supuesto que admitamos -cosa inevitable- los fenómenos de la Naturaleza y del mundo, es solo cuestión de palabras si vamos o no a admitir la hipótesis de un segundo Ser, no visible sino inmaterial, paralelo y coincidente con la Naturaleza, al que damos el nombre de Dios. "Admitiendo -dice- que los dioses sean los autores de la existencia y orden del universo, resulta evidente que poseen el grado de poder, la inteligencia y la benevolencia que se manifiestan en su obra; pero nada más puede demostrarse, salvo que llamemos en nuestro auxilio a la exageración y la adulación, para que suplan los defectos del argumento y del razonar. En la medida en que aparezcan las huellas de ciertos atributos divinos, podemos concluir que tales atributos existen. La suposición de otros atributos es mera hipótesis, y mucho más lo es suponer que en lejanos periodos de lugar y tiempo ha habido o habrá un despliegue aún mayor de esos atributos, así como un esquema de adminis-

tración más apropiado a tales imaginarias virtudes."

Aquí tenemos un pensador que no vacilará en negar que exista una ciencia específica o una posible filosofía relativas al Ser Supremo, dado que cada cosa particular que conocemos de Él es éste o aquél o el otro fenómeno, material o moral, que ya coincide con esta o aquella ciencia natural. En este autor resulta más que coherente eliminar la Teología en un curso de educación universitaria. ¿Pero cómo es coherente en cualquier que no comparta sus ideas? Me alegrará ver que el Dr. Maltby se opone a Hume en una sentencia de la cita que he tomado de su Discurso sobre la ciencia, al afirmar que los fenómenos del mundo material no bastan para la plena manifestación de los Atributos Divinos, y al sugerir que estos exigen un proceso suplementario que complete y armonice sus pruebas. ¿Pero acaso no es este proceso suplementario una ciencia? Si Dios es más que la Naturaleza, la Teología pide un lugar entre las ciencias; pero, si no se está seguro de ello, ¿en qué se difiere de Hume o de Epicuro?

9

Termino como comencé: la doctrina religiosa es conocimiento. Esta es la importante verdad, poco tenida hoy en cuenta, que deseo puedan llevarse consigo todos los que me honran aquí con su presencia. No apunto a formular ideas sutiles, sino a establecer principios de gran alcance. La doctrina religiosa es conocimiento en sentido tan pleno como lo es la teoría de Newton. La enseñanza universitaria sin teología sería sencillamente no-intelectual. La Teología tiene por lo menos tanto derecho a un lugar en la Universidad como la Astronomía.

Mi próximo discurso tendrá como objeto mostrar que omitirla de la lista de ciencias reconocidas no solo resulta indefendible en sí mismo sino también perjudicial para el resto de las ciencias.

Discurso Tercero

Influencia de la teología en las demas ramas del saber

1

Cuando hombres de gran intelecto, que se han dedicado larga, decidida y exclusivamente al estudio e investigación de una determinada rama del saber profano, cuya vida mental se halla concentrada y como escondida en la tarea que han elegido, y que no tienen ojos ni oídos para nada que no guarde relación inmediata con su asunto: cuando estas personas reparan por fin en que les

rodea un clamor, imposible de ignorar, sobre algo que no acostumbran a situar en la categoría de conocimiento como es la religión, y que se les acusa de desamor hacia ésta, tienden a irritarse ante el hecho y califican de tiránica a esa petición, y de beatos o fanáticos a quienes la hacen.

Se sienten tentados a decir que su único deseo es que se les deje tranquilos, porque no pretenden, ni de lejos, ofender a nadie o interferir en asuntos ajenos; ellos siguen su propia línea de actividad, nunca han proferido una sola palabra contra la religión de otros, sean quienes sean, y nunca piensan hacerlo. Que no hablen de Dios, cuando el tema resulta del todo irrelevante, no significa que nieguen Su existencia. Vienen a decir en suma que hay otros seres en el mundo, además del Ser Supremo, y que esos seres son el objeto de su interés. Después de todo, la creación no es el Creador, ni son religiosas las cosas profanas. La Teología y la ciencia humana son dos cosas, no una sola, y poseen sus respectivos campos, de algún modo contiguos y afines, pero no idénticos. Cuando contemplamos la tierra no estamos contemplando el cielo, y viceversa. Asuntos diferentes han de tratarse por separado. Al igual que la división del trabajo, así también la división del pensamiento es el único medio de aplicación eficaz de la actividad intelectual. "Sigamos nuestro camino -dicen- y vosotros seguid el vuestro. No pretendemos daros lecciones de Teología, ni debéis pretender vosotros pronunciaros acerca de la ciencia".

Con este planteamiento intentan una especie de compromiso entre sus adversarios, que reclaman para la Teología entrada libre en las escuelas de la ciencia, y ellos mismos, que quieren excluirla en absoluto. El compromiso vendría a ser éste: la teología sería eliminada de la escuela pública, pero se la aceptaría privadamente, allí donde fuera solicitada por un número suficiente de personas. Estas personas pueden actuar como lo deseen cuando estén entre ellas, de modo que no intenten alterar el sistema global de instrucción, aceptable y útil para todos, mediante la introducción de opiniones propias.

Voy a formular ahora una respuesta de fondo a este punto de vista, es decir, al proyecto de enseñar ciencia profana en las aulas universitarias y de relegar el saber religioso a la parroquia, el catecismo, y el hogar.

2

La verdad es el objeto propio de cualquier tipo de conocimiento, y cuando nos preguntamos por lo que significa Verdad, supongo correcto responder que la Verdad se refiere a hechos y a sus relaciones, que se comportan unos hacia otros como los sujetos y los predicados en lógica. Todo lo que existe, tal como es contemplado por la mente humana, compone un amplio sistema o una compleja totalidad, que se resuelve en un número indefinido

de hechos particulares, que, por ser partes de un todo, mantienen innumerables relaciones recíprocas de todo género. El conocimiento es la aprehensión de estos hechos, ya en sí mismos, o en sus mútuas posiciones e influjos. Y dado que todos en conjunto forman un objeto entero para la contemplación, no existen límites reales o naturales entre parte y parte. Un hecho entra en otro. Y todos, en cuanto percibidos por la mente, aparecen combinados y son correlativos unos a otros, desde los misterios íntimos de la Esencia divina hasta nuestras propias sensaciones y conciencias, desde las más solemnes disposiciones del Señor hasta lo que podemos denominar accidentes del momento, desde los más gloriosos serafines hasta los reptiles más viles y nocivos.

Ahora bien, no resulta sorprendente que, con toda su capacidad, la mente humana no pueda captar este hecho global con una simple mirada, o entrar de inmediato en posesión de él. Le ocurre lo que a un lector con presbicia, cuyos ojos se deslizan cercanos y viajan lentamente sobre el temible volumen que se abre a su inspección. O como cuando nos enfrentamos con una gran estructura con muchos lados y partes, que la mente abarca en derredor, nota primero una cosa y luego otra lo mejor que puede, considerándola bajo diferentes aspectos, como modo de avanzar hacia el dominio del todo. Así, por grados y por aproximaciones circulares, se eleva la mente para hacerse con un cierto conocimiento de ese universo en el que ha nacido.

Estas diversas vistas parciales o abstracciones, por medio de las que el intelecto considera su objeto, son denominadas ciencias, y abrazan mayores o menores porciones del campo del saber. A veces se extienden a lo largo y a lo ancho, pero superficialmente; en ocasiones lo hacen con exactitud sobre determinadas zonas de la realidad, o mantienen una parte en común, a la vez que en otras partes manifiestan una divergencia absoluta. Así la Óptica tiene como objeto toda la creación visible en cuanto meramente visible. La Psicología se ocupa de un espacio más limitado, pero más rico. La Astronomía, plana o física, posee en ambos casos el mismo objeto, pero lo trata de modo diferente. La Geología y la Anatomía comparada tienen objetos en parte idénticos y en parte distintos.

Estas ciencias o vistas de la realidad, al ser abstracciones, tienen mucho más que ver con las relaciones entre las cosas que con las cosas mismas. Nos dicen lo que las cosas son solo o principalmente hablándonos de sus relaciones, o asignando predicados a sujetos; y por tanto nunca nos dicen todo lo que puede decirse sobre una cosa, incluso cuando dicen algo, ni tampoco las colocan ante nosotros, como hacen los sentidos. Disponen y clasifican hechos, ordenan fenómenos separados bajo una ley común, conectan efectos con sus causas. Sirven así para transferir nuestro conocimiento desde la custodia de la

memoria a la más segura y perdurable protección de la filosofía, ayudando así tanto a su difusión como a su avance. Porque en la medida en que las ciencias son formas de conocimiento, capacitan al intelecto para dominarlo e incrementarlo; y en la medida en que son instrumentos, le permiten comunicarlo fácilmente a otros.

Pero, en definitiva, las ciencias proceden en base al principio de una división del trabajo, aunque tal división sea una abstracción y no una separación real en partes diversas. E igual que el fabricante de bridas o de charreteras no tiene, solo por ese motivo, idea alguna de táctica o de estrategia, tampoco hay ciencia alguna que ilustre del todo la mente en el conocimiento de las cosas tal como son, o que le manifieste íntimamente el objeto externo que busca conocer. Las ciencias difieren, por tanto, en importancia, y según su importancia alcanzarán influencia no solo en el volumen de saber en el que convergen y al que contribuyen sino también unas sobre otras.

Dado, entonces, que las ciencias son el resultado de procesos mentales en torno a un único y mismo objeto, considerado bajo sus diversos aspectos, y que en la medida de lo posible, son resultados verdaderos y a la vez divididos y parciales, se sigue que, de un lado, necesitan apoyo externo, una por una, en razón de su carácter incompleto, y de otro, que están en condiciones de prestarse unas a otras ese apoyo, a causa, primero, de su propia independencia, y luego, por la conexión de todas con su común objeto. Vistas absolutamente, las ciencias se aproximan a (ser) una representación o reflexión subjetiva de la verdad objetiva, tan precisa como es posible a la mente humana, que avanza hacia la aprehensión detallada de ese objeto, en proporción al número de ciencias que domina, y que cuando prescinde de algunas ciencias logra solo una aprehensión defectuosa, en proporción al valor de las ciencias que no se han tenido en cuenta, y a la importancia del campo que ocupan.

3

Tomemos, por ejemplo, al hombre mismo como objeto de estudio. Observaremos de inmediato que podemos verle en una variedad de relaciones, y según estas relaciones se determinan las ciencias que le tienen por objeto, y según el dominio que tengamos de esas ciencias será nuestro grado de verdadero conocimiento acerca de él. Podemos considerarle en relación a sus aspectos somáticos, o a su constitución mental, a su hogar y familia, al Ser que le creó; y tratarle entonces, respectivamente, como anatómicos, filósofos morales, economistas, tratadistas políticos o teólogos. Cuando pensamos sobre el hombre en todos esos aspectos juntamente, o como asunto simultáneo de todas las ciencias mencionadas, podemos entonces decir que hemos logrado la idea de hombre como un hecho u objeto externo, semejante a lo que el ojo percibe

de su forma exterior o corporal.

De otro lado, según seamos solo anatómicos, o solo tratadistas políticos, o solo moralistas, nuestra idea de hombre será más o menos irreal. No captamos entonces su totalidad, y el defecto será mayor o menor en proporción a la importancia que alcance la relación omitida, es decir, su relación a Dios, a su rey, a sus hijos, o a las partes que lo componen. Y si hay una relación sobre la que nada sabemos excepto su existencia, nuestro conocimiento del hombre deviene, evidente y conscientemente, deficiente y parcial, y todo ello, repito, en proporción a la importancia que esa relación encierre.

Es por tanto verdad de las ciencias en general algo que pensamos se aplica solamente a la matemática pura, aunque es cierta que a ésta se le aplica especialmente, a saber, que no pueden considerarse como mera representación o información de las cosas tal como son. Estamos acostumbrados a afirmar con razón que las conclusiones de la matemática pura son aplicadas, corregidas y adaptadas en conjunto; pero también así son revisadas y completadas mutuamente las conclusiones de la Anatomía, la Química, la Dinámica, y de otras ciencias. Esas varias conclusiones no representan cosas enteras y sustantivas, sino ideas en alguna medida verdaderas. Para averiguar en qué medida son verdaderas, es decir, hasta qué punto corresponden a su objeto, hemos de compararlas con las ideas que otras ciencias se hacen del mismo objeto. Si procediéramos según la teoría abstracta de las fuerzas, deberíamos asignar a un proyectil un alcance mucho mayor del que la resistencia del aire le permite realmente alcanzar. Hagamos, sin embargo, de la resistencia un objeto de análisis científico, y tendremos entonces una ciencia nueva que ayudará y en cierto modo completará, en beneficio de cuestiones de hecho, la ciencia de la balística.

Pero la balística en sí misma, considerada dentro de las fuerzas que estudia, no se hace más perfecta, en cuanto tal, por esta investigación suplementaria. De igual modo, por lo que respecta al número total de las ciencias, una corrige a otra en cuestiones de hecho, y una sin la otra no puede hacer afirmaciones apodícticas, excepto de modo hipotético y en torno a sus propios principios abstractos. La teoría de Newton, por ejemplo, exige la admisión de ciertos postulados metafísicos, para ser algo más que una teoría o una hipótesis, como aceptar que lo que ocurrió ayer ocurrirá mañana, que la materia existe, que podemos fiarnos de nuestros sentidos, que hay una lógica inductiva, etc. Ahora bien, los metafísicos conceden a Newton todo lo que éste pide, pero podrían no ser tan complacientes con otro que les pidiera algo más, y en tal caso todas las conclusiones lógicas de éste en la ciencia física quedarían sin esperanza en el almacén, a pesar de estar terminadas, y nunca llegarían a entrar en la esfera de los hechos.

Si yo no supiera nada sobre el movimiento de los cuerpos, excepto lo que me enseña la teoría de la grave-

dad, y me viera absorbido del todo por esa teoría hasta el punto de hacer de ella medida de todo movimiento en la tierra y en el cielo, llegaría desde luego a muchas conclusiones correctas, descubriría muchos hechos de importancia, averiguaría numerosas relaciones existentes, y corregiría muchos errores populares.

Examinaría y ridiculizaría con gran éxito la vieja idea de que los cuerpos ligeros ascienden y que los cuerpos pesados caen, pero podría negar también con idéntica seguridad el fenómeno de la atracción capilar. Y aquí cometería un error, aunque solamente por haber desarrollado mi ciencia al margen de otras ciencias. De igual modo, si me dedicara sencillamente a investigar la acción externa de un cuerpo sobre otro, podría burlarme de la noción misma de afinidades y combinaciones químicas, y rechazarla como ininteligible. Si yo fuera un químico, negaría tal vez la influencia de la mente sobre la salud corporal; y así sucesivamente, por lo que respecta a los cultivadores de una ciencia o grupos de ciencias, que excluyen de su horizonte a todas las demás. Estas personas devienen necesariamente charlatanes y beatos de su disciplina, que desprecian todo principio y todo hecho cierto que no pertenecen a su campo, y piensan que pueden hacerlo todo sin ayuda de otros ámbitos del saber. Antes de ahora, la química se vio así suplantada por la medicina, y la economía política, la ilustración intelectual o la lectura de la Sagrada Escritura han sido ahora proclamadas como panaceas contra el vicio, la maldad y la pobreza.

4

Resumiendo lo dicho, afirmo que el conocimiento forma una totalidad porque su objeto es uno, pues el universo a lo largo y a lo ancho se encuentra tan íntimamente ensamblado que no podemos separar partes u operaciones unas de otras, excepto por una abstracción mental. Por lo que a su Creador se refiere, aunque El se halla en su propio Ser radicalmente separado del universo, y la Teología posee ámbitos con los que no guarda relación directa el saber humano, sin embargo el Creador se ha implicado de tal modo con el mundo, y le ha tomado en Su mismo seno, mediante Su presencia íntima en él y su providencia sobre él, así como con sus huellas e influjos, que no podemos contemplar ese mundo verdadera o completamente sin contemplar también en algunos aspectos cruciales al Creador.

Además, las ciencias son resultado de esa abstracción mental de la que he hablado, al ser el registro lógico de éste o aquel aspecto de la totalidad del conocimiento. Dado que todas las ciencias pertenecen a un único y mismo círculo de objetos, se hallan todas conexas unas con otras. Al ser meros aspectos de cosas, resultan de un modo u otro incompletas en su propia idea y en orden a sus respectivos propósitos. En ambos sentidos, todas las ciencias se

necesitan mutuamente y se ayudan unas a otras.

La comprensión del influjo de una ciencia sobre otra, y el uso que cada una hace de las demás, así como la situación, la limitación, el ajuste y la debida apreciación del conjunto pertenece, a mi juicio, a un tipo de ciencia diferente de todas las demás, una especie de ciencia de las ciencias, que es mi idea de la Filosofía en el verdadero sentido de la palabra, y pertenece también a un hábito filosófico de la mente, que en estos discursos denominaré con ese nombre. Esto es lo que tenía que decir sobre el conocimiento y el conocimiento filosófico considerado en términos generales. Procedo ahora a aplicarlo a la ciencia particular que nos ocupa.

La omisión sistemática de cualquier ciencia en el elenco científico perjudica la precisión y el carácter comprensivo de nuestros conocimientos, en proporción a la importancia de la ciencia omitida. Ni siquiera la misma Teología, que viene, por así decirlo, del cielo, aunque sus verdades nos fueran dispensadas desde el principio de una vez para todas, y aunque estas verdades sean más ciertas, en razón de quien las dispensa, que los teoremas matemáticos, ni siquiera la Teología -digo-, en cuanto que es relativa a nosotros o es la ciencia de la religión, queda excluida para mí de la ley que rige todo ejercicio mental, es decir, de esa imperfección que siempre acompaña a lo abstracto cuando trata de determinar lo concreto.

No hablo solo de la religión natural, pues incluso la enseñanza de la Iglesia Católica, en algunos de sus aspectos, es decir, su enseñanza religiosa se ve influida de diversos modos por otras ciencias. Para no insistir en la introducción de la filosofía aristotélica en su lenguaje, su explicación de los dogmas se halla influida por hechos o acontecimientos eclesiásticos, sus interpretaciones de las profecías se ven directamente coloreadas por los sucesos históricos, sus comentarios escriturísticos tienen que ver con las conclusiones del astrónomo y del geólogo, y sus decisiones prudenciales guardan alguna relación con las diversas experiencias de orden político, social y psicológico que le proporcionan tiempos y lugares.

La Teología tiene derecho a tomar tanto como da, o, dicho de otro modo, lo que le obligan a tomar los intereses de la Verdad. Si no nos dejamos engañar por sueños y aceptamos los hechos tal como son, concediendo que la Teología es una ciencia real no podemos eliminarla y seguir llamándonos filósofos o pensadores. Todavía no he afirmado nada acerca de la preeminente dignidad de la Verdad religiosa. Digo solamente que si existe realmente Verdad religiosa, no podemos cerrar los ojos ante ella sin mostrar un serio prejuicio hacia la verdad de cualquier clase, ya sea física, metafísica, histórica y moral, porque la Teología tiene que ver con todo tipo de Verdad. Y así respondo a la objeción con la que abrí este discurso. Me referí a la pregunta que me podría hacer un filósofo de hoy: "¿Por qué no sigue usted su camino, y nos deja a nosotros

seguir el nuestro?" Doy mi respuesta en nombre de la ciencia de la Religión y digo: "Cuando Newton pueda prescindir del metafísico, entonces podéis vosotros prescindir de los teólogos." Voy ahora a reclamar todavía algo más para la Teología, situándola junto a las ramas del saber que pueden con mayor derecho compararse con ella.

5

Veamos, entonces, cómo este tratamiento ligero de una ciencia tan importante, pues debe serlo si realmente existe Dios, encuentra un caso relativamente paralelo. El gran filósofo de la antigüedad, al enumerar las cosas que ocurren en el mundo, y después de mencionar las que consideraba físicas y materiales, añade: "y también la mente y todo lo que es por medio del hombre" [Arist. *Eth. Nicom.*, iii,3]. Habría sido ciertamente un método ridículo si, al conectar con sus respectivas fuentes los efectos que veía ante él, hubiera prestado atención exclusiva a una sola clase o a un solo orden de principios originantes, y atribuido a estos todo lo que ocurre en todas las partes del universo. Habría sido, desde luego, indigno de un genio tan observador, penetrante, fértil y analítico como Aristóteles afirmar que todo lo que hay sobre la faz de la tierra puede explicarse mediante las ciencias de la materia, sin la hipótesis de agentes morales. Resulta increíble que en la investigación de resultados físicos pudiera ignorar a un ser tan influyente como el hombre, u olvidar que no solo la fuerza bruta y el movimiento elemental implican poder, sino que también lo implica el conocimiento. Mucho más si tenemos en cuenta que los agentes morales y espirituales pertenecen a un orden distinto, por no decir más elevado, que el físico. De modo que tal omisión no habría sido solo un descuido en cuestiones de detalle, sino un error filosófico y una falta en la división del ser.

Vivimos, sin embargo, en un período del mundo en el que el curso de la ciencia y de la literatura resulta poco afectado por lo que logró esta venerable autoridad. Supondremos, por eso, que en Inglaterra o Irlanda, en pleno siglo XIX, se ha reunido un grupo de personas con nombre y fama, con el fin de adoptar, a pesar de Aristóteles, una línea de actuación que estiman imperativa dadas las circunstancias del tiempo. Supondremos también que una dificultad obstaculiza precisamente ahora el enunciado y la discusión de todo asunto relativo a la ciencia, a causa de la hipersensibilidad de amplios sectores de la comunidad, clérigos y laicos, en los temas de necesidad, responsabilidad, criterios morales y naturaleza de la virtud. Los ánimos se hallan tan excitados que el único modo de evitar constantes disputas es, según las personas que supongo en mi mente, clausurar del todo el tema de la antropología. Y es lo que de hecho se hace. De ahora en adelante, el hombre será tratado en el curso general de educación como si no existiera; las ciencias morales y humanas

no tendrán cátedras ad hoc; y su tratamiento se concebirá sencillamente como un asunto de opinión privada, que cada individuo podrá conducir como le plazca. Entiendo tal prohibición como algo abstractamente posible, pero no consigo imaginar como posible que las partes en cuestión, después de una exclusión tan drástica, hayan de enviar a continuación propuestas, en base a esa exclusión, para publicar una Enciclopedia o erigir una Universidad nacional.

Es necesario, sin embargo, para ilustrar las ideas que deseo exponer, imaginar lo que no puede ser. Imaginemos, por tanto, un proyecto para organizar un sistema de enseñanza científica, en el que la actuación humana sobre el mundo material no pueda ser lícitamente reconocida, sino lícitamente ignorada. Solo se tratarían causas físicas y mecánicas; y la volición sería un tema prohibido. Se nos ofrece un programa que incluye ciencias como Astronomía, Óptica, Hidrostática, Galvanismo, Pneumática, Estática, Dinámica, Matemática pura, Geología, Botánica, Fisiología, Anatomía, etc; pero no se dice una palabra sobre la mente y sus facultades, excepto lo que se indica para explicar la omisión. Esta explicación obedece al hecho de que las partes interesadas en el tema han dedicado mucha reflexión al asunto y se han visto forzadas a concluir que es simplemente imposible incluir la Filosofía de la Mente en el elenco de las clases universitarias. Lo que tranquiliza, sin embargo, su pesadumbre es el pensamiento de que los sentimientos domésticos y las buenas maneras se cultivan mejor en el hogar y en la sociedad educada, en la observancia de los sagrados vínculos que unen a padres, madres e hijos, en los recíprocos derechos y deberes de los ciudadanos, y en el ejercicio de una lealtad desinteresada y un patriotismo culto. Con esta apología, pasan por alto la consideración de la mente humana, sus facultades y actividad, "en solemne silencio", dentro de su esquema de educación universitaria.

Esa Universidad ha obtenido unos estatutos, ha nombrado profesores, se imparten lecciones, se hacen exámenes, y se dispensan títulos. ¿Qué clase de rigor o fiabilidad, qué amplitud filosófica de miras, podrán atribuirse a las opiniones formadas en una atmósfera intelectual que ha sido despojada de los elementos que constituyen la luz del día? ¿Cómo juzgarán países extranjeros y tiempos futuros el trabajo intelectual de agudos y consumados pensadores que hayan tenido que ver con una irrealdad tan clamorosa? He aquí unos profesores que hablan seriamente de medicina, historia o economía política, y que lejos de sentirse obligados a reconocer la acción de la mente sobre la materia, de unas mentes sobre otras, o los derechos recíprocos de la justicia y de la caridad, se burlan de semejantes influjos.

El sentido común y la opinión pública impusieron límites al principio en esta demasia, pero, con el transcurso del tiempo, una omisión que era en su origen un mero

asunto de conveniencia, comenzó a imponerse a la razón, y al final aparecen profesores que, más o menos como otros colegas, mantienen un sincero respeto por los sentimientos hogareños y las buenas maneras, pero que niegan *in toto* la psicología, declaran que hablar de la influencia de la mente sobre el mundo visible es una superstición, y afirman que cualquier afecto ocurrido en el mundo puede explicarse por causas físicas.

Hasta este momento, la inteligencia y la voluntad humanas se tenían por facultades auténticas y reales; los músculos actúan, y su acción no puede representarse por ninguna expresión científica; una piedra vuela de la mano y la fuerza propulsora del músculo reside en la voluntad; pero ha ocurrido una revolución, o al menos se ha formulado una nueva teoría, y nuestros profesores, después de referirse con la máxima admiración al intelecto del hombre, limitan su acción independiente al reino de la especulación y niegan que sea un principio motor o que pueda producir efecto alguno en el mundo material. Atribuyen toda obra y todo acto externo del ser humano a la fuerza innata o alma del universo físico. Observan que los agentes de orden espiritual son tan misteriosos y difíciles de comprender, tan inciertos en sus leyes e indefinidos en sus operaciones, tan escapadizos a la experiencia, que un hombre prudente nada podrá afirmar sobre ellos. Esos agentes pertenecen a un orden diverso de causas, que debe dejarse en manos de aquellos cuya tarea es investigarlas, y uno debe dedicarse a lo tangible y seguro. Empresas, instrumentos, hazañas y productos humanos, todo lo que cae bajo la denominación escolástica de "ingenio" y "arte", así como las ideas metafísicas de "deber", "bien", y "heroísmo", han de considerarse simplemente en el lugar que les corresponde dentro del sistema externo de causas y efectos físicos.

Estos hombres se aplican luego a mostrar cómo el entero tejido de la civilización material ha surgido de los poderes constructivos encerrados en elementos y leyes físicos. Recorren palacios, castillos, templos, mercados y caminos, para concluir que nunca habrían llegado a tener las imponentes dimensiones que exhiben, a no ser por las leyes de la gravedad, y la cohesión de unas partes con otras. La columna se vendría abajo, más rápidamente cuanto más alta, si el centro de gravedad no estuviera en la base, y las más admiradas cúpulas de Palladio¹ o de Sir Christopher Wren² se derrumbarían, a no ser por el feliz principio del arco. Examinan la complicada maquinaria de todo lo que se hace en un solo día dentro de una familia: los vestidos, los muebles, el acogedor sistema de comidas, y piensan en qué terminaría todo si no fuera por las leyes de la gravedad. Estas leyes parecen ser la causa de nuestras alfombras, muebles, viajes y relaciones sociales.

Las costuras sólidas poseen un poder natural, en proporción a la consistencia del material usado, para mantener unidas piezas separadas de tela; los sofás y las sillas

no podrían volverse hacia arriba aunque quisieran; y es una propiedad de la energía calórica relajar las fibras del tejido animal, actuando de un modo a través del agua, y de otro modo distinto a través del aceite, y aquí reside todo el misterio del arte culinario más elaborado. Pero resultaría tedioso añadir más ilustraciones.

6

Tratemos de aplicarlas ahora a mi tesis. No quiero decir que los principios de la Teología y de la Psicología sean los mismos, ni llegar de modo argumentativo desde las obras del hombre a las de Dios, cosa que hace Paley,³ y que es protestada por Hume. No me ocupo tampoco de demostrar la existencia y atributos de Dios por medio del argumento teleológico. No busco demostrar nada en absoluto sobre el Ser Supremo. Asumo, por el contrario, Su existencia; y me limito a afirmar lo siguiente: si existe el hombre, ningún profesor universitario que haya eliminado de sus lecciones físicas la idea de volición, y que no la dé por supuesta, podrá escapar a una visión miope y radicalmente falsa de las cosas que enseña. No digo que sus propias definiciones, principios y leyes hayan de estar equivocados, o que sus afirmaciones abstractas sean incorrectas. Digo que comete un error al considerar su disciplina como la clave para entender todo lo que sucede sobre la tierra, y al prescindir de la antropología. Su ciencia no tiene porqué ser falsa, pero su presunto saber sería irreal. Estaría decidiendo sobre hechos en base a teorías. El atareado y variado mundo que se extiende ante nuestros ojos es físico, pero es más que físico; y al hacer el sistema concreto del mundo idéntico con un análisis científico personal, estructurado sobre un aspecto particular, ese profesor que he imaginado demuestra carencia de hondura filosófica e ignorancia de lo que debe ser una enseñanza universitaria. Ha dejado de ser un enseñante de conocimiento liberal-humanístico, y se ha convertido en un hombre fanático y estrecho de miras.

Mientras las doctrinas de este científico querían ser conclusiones formadas sobre una hipótesis o verdad parcial resultaban innegables, pero dejaban de serlo cuando eran presentadas como resultados sobre hechos presuntamente captados por el investigador. Concediendo, ciertamente, que el brazo de un hombre se mueve por una simple causa física, podemos desde luego debatir sobre las diversas influencias externas que, cuando hay cambio de posición, empujan en una dirección o en otra, como ocu-

¹ Andrea Palladio (1508-1580) es un arquitecto italiano del Renacimiento.

² Christopher Wren (1632-1723) es uno de los arquitectos ingleses más famosos. Construyó numerosos edificios públicos, principalmente en Londres, entre ellos la catedral anglicana de San Pablo.

³ William Paley (1743-1805) expuso su argumento en favor de la existencia de Dios a partir del plan de la Creación, en la obra *Evidences of Christianity* (1794).

re con un espantapájaros en un jardín. Pero afirmar que la causa motora es física constituye una respuesta ilegítima en un caso donde nuestra pregunta se refiere a un hecho, y no a las consecuencias lógicas de una premisa. De igual modo, si una comunidad reza y el viento cambia, la lluvia cesa, el sol brilla y la cosecha puede recogerse felizmente cuando nadie lo esperaba, nuestro profesor puede, si lo desea, consultar el barómetro, discursar sobre el atmósfera, y dar a lo ocurrido forma de ecuación, que aunque no sea cierta puede resultar ingeniosa. Pero si procediera a hacer descansar el fenómeno que de hecho ha ocurrido, simplemente en una causa física, excluyendo cualquier actuación divina, y afirmando que el suceso pertenece a su ciencia porque otros similares también pertenecen a ella, debo decirle: *Ne sutor ultra crepidam*:⁴ está haciendo que su oficio particular usurpe y ocupe el universo.

Este es el sentido de mi ilustración. Si la criatura pone continuamente en marcha una serie interminable de causas y efectos físicos, mucho más lo hace el Creador; y así como excluir la volición de nuestro ámbito de ideas supone una negación del alma, también nuestro olvido de la actuación divina es una negación virtual de Dios. Además, si resulta que el hombre puede querer y actuar por sí mismo, a pesar de la física, clausurar esta gran verdad supone desquiciar la entera enciclopedia del conocimiento; y si Dios puede querer y actuar en el mundo que ha hecho, y lo negamos o tratamos a la ligera, estamos sembrando la confusión en el ámbito del saber universal.

Todo es incomparablemente peor, porque la idea de Dios, si existe un Dios, es infinitamente más alta que la idea del hombre, si existe el hombre. Si borrar la operación del hombre significa afejar el libro del conocimiento, en la suposición de que tal actuación exista, ¿qué supondrá, si realmente existe, eliminar la acción de Dios?

Me he dedicado hasta ahora a mostrar que todas las ciencias llegan a nosotros como una sola, que guardan relación con uno y el mismo objeto integral, que, considerada por separado, cada ciencia es más o menos una abstracción, del todo verdadera como hipótesis, pero no completamente fiable en concreto, pues se ocupa de relaciones más que de hechos, de principios más que de agentes motores, y necesita por tanto el apoyo y la garantía de otras ciencias hermanas, de modo que da a la vez que recibe. Se sigue de aquí que ninguna ciencia puede ser omitida sin grave riesgo, si queremos lograr el conocimiento más exacto posible de las cosas tal como son, y que la omisión resulta más o menos importante en proporción al campo que la ciencia omitida cubre, la hondura con que lo penetra, y el orden al que pertenece. Porque su pérdida representa la privación positiva de un influjo

que es necesario para corregir y completar el resto.

Esta es una afirmación de carácter general. Por lo que respecta a la Teología, hemos de determinar sus derechos, su importancia, y su influjo sobre las otras ramas del saber; y, suponiendo que hay un Dios, debemos establecer lo que no resultaría apropiado que intentásemos demostrar. ¿Posee vastas dimensiones, o se halla como encerrado en un punto? ¿Sería imperceptible su omisión, o destruiría, por el contrario, el equilibrio del entero sistema del saber? He aquí los extremos que vamos a investigar.

7

¿Qué es la Teología? Diré primero lo que no es. Ante todo -aunque hablo desde luego como Católico- no doy por supuesto, en lenguaje estricto, que el Catolicismo sea verdadero, por el hecho de convertirme en campeón de la Teología. El Catolicismo no ha entrado formalmente en mi argumentación hasta el momento, ni tampoco pienso adoptar ahora ideas propiamente católicas, por motivos que aparecerán en el curso de la exposición, aunque desde luego voy a usar expresiones católicas.

Tampoco incuriré en la moda actual de identificar Teología natural y Teología física, porque ésta es una disciplina sumamente infecunda, considerada como una ciencia, y en realidad no es ciencia en absoluto, dado que no pasa de ser una serie de piadosas o polémicas observaciones sobre el mundo físico visto religiosamente. La palabra "Natural" a su vez comprende propiamente al hombre y a la sociedad y todo lo que ambas realidades suponen, como nuestra muy bien el gran escritor protestante Dr. Butler.⁵

Tampoco considero Teología a las controversias, del tipo que sean, como, por ejemplo, lo que suele llamarse "pruebas de la religión" o "pruebas del Cristianismo". Porque aunque éstas constituyen una ciencia auxiliar de la Teología y son necesarias en su lugar, no son Teología propiamente dicha, a menos que un ejército y el cuerpo político de un país se tengan por sinónimos.

No entiendo por Teología, en cuarto lugar, ese difuso ente denominado "Cristianismo" o "nuestro común Cristianismo", o "Cristianismo, régimen de la nación", en el caso de que alguien pueda decirnos qué significan estas expresiones. Las rechazo por la sencilla razón de que no pueden formularse en una proposición sensata.

Finalmente, no considero que la Teología sea familiaridad con la S. Escritura, pues aunque ninguna persona de talante religioso leerá la Escritura sin verse elevado en sus sentimientos y obtener al mismo tiempo un buen conocimiento de la historia, sin embargo, ni la lectura histórica ni los sentimientos religiosos llegan a ser ciencia.

Ninguna de estas cosas es Teología para mí. Por Teo-

⁴ "Que el zapatero no vaya más allá de su oficio." Cfr. Plinio el Viejo, *Historia Naturalis*, XXXV, 10, 36.

⁵ Cfr. *Works of Bishop Butler*, ed. J.H. Bernard, London 1990, vol. ii, 28.

logía entiendo sencillamente la Ciencia de Dios, o las verdades que conocemos acerca de Él, estructuradas en un sistema. Igual que hay una ciencia de las estrellas, que llamamos astronomía, o una ciencia de la corteza terrestre, que llamamos geología.

Quiero decir, como punto principal, que así como en el ser humano hay un principio vital que actúa sobre él y a través de él por medio de la voluntad, así también, detrás del velo del universo visible, hay un Ser invisible e inteligente que actúa sobre el mundo y a través de éste siempre que lo desea. Este Ser invisible no es en modo alguno un alma del mundo, en analogía con la naturaleza humana, sino que, por el contrario, es absolutamente distinto del mundo, por ser su Creador, Sustentador, Gobernante y Señor Soberano. Nos vemos conducidos así al círculo de doctrinas encarnadas en la idea de Dios. Entiendo por el Ser Supremo un ser que es sencillamente autodependiente, y el único que puede llamarse de ese modo. Entiendo además que es un Ser sin principio, o Eterno, y el único que lo es; que ha vivido en consecuencia un enteramente eternidad consigo mismo, y que es por tanto suficiente en todo, suficiente para Su propia felicidad, así como feliz en todo, y por siempre feliz.

Entiendo asimismo por Dios un Ser que, por tener estas prerrogativas, posee el Supremo Bien, o mejor dicho, es el Supremo Bien, al poseer todos los atributos del Bien en intensidad infinita. Es todo sabiduría, todo verdad, todo justicia, todo amor, todo santidad y belleza. Es omnipotente, omnipresente, inefablemente Uno, y absolutamente perfecto, y del tal modo que lo que no sabemos de Él y no podemos ni siquiera imaginar, es mucho más maravilloso de lo que sabemos y podemos imaginar.

Dios es soberano en Su propia voluntad y en Sus acciones, pero siempre según la Regla eterna del bien y del mal, que es Él mismo. Él ha creado todas las cosas a partir de la nada, las conserva en todo momento, y podría destruirlas tan fácilmente como las hizo, y en consecuencia se halla separado de ellas como por un abismo, y es incommunicable en todos sus atributos. Ha impreso en todas las cosas, en el mismo instante de la creación, sus respectivas naturalezas, y les ha dado una tarea, una misión, una longitud de días, mayor o menor, en el lugar que les ha asignado. Se encuentra siempre presente en sus obras, una por una, se relaciona con todo lo que ha hecho mediante una particular y amorosísima Providencia, y se manifiesta a cada criatura según su necesidad. Ha impreso la ley moral en los seres racionales, les ha dado poder para obedecerla, y les ha impuesto el deber de adorarlo y servirle. Al mismo tiempo los escruta y los penetra con su ojo omnisciente, y coloca ante ellos una prueba presente y un juicio futuro.

He aquí lo que la Teología enseña sobre Dios. Se trata de una doctrina, como era de esperar por su contenido, tan misteriosa que, en su plenitud, se encuentra fuera del

alcance de cualquier sistema, y en aspectos particulares resulta del todo exterior a lo natural, y parece incluso ser irreconciliable consigo misma, de modo que la imaginación es incapaz de abarcar lo que la razón determina. La Teología nos habla de un Ser infinito, y, sin embargo, personal; felicísimo, y siempre operativo; absolutamente separado de la criatura, pero presente en cada parte y en cada momento de la creación; por encima de todas las cosas, pero íntimo a cada una de ellas. Nos habla de un Ser que, siendo el más alto, se hace a Sí mismo el servidor de todos en la creación, la conservación, el gobierno y la retribución; que habita la eternidad y, sin embargo, se interesa en asuntos de tiempo y espacio. Suyos son todos los seres, visibles e invisibles, los más nobles y los más viles. Suyas son la sustancia, la operación, y las consecuencias del sistema de naturaleza física en el que hemos nacido. Suyos son también las energías y logros de los seres intelectuales, a los que concedió la capacidad de actuar independientes y el don de engendrar vida. Las leyes del universo, los principios de la verdad, la relación de unas cosas con otras, sus cualidades y virtudes, el orden y armonía del conjunto, todo lo que existe procede de Él; y si el mal no viene de Él, como de hecho no viene, es porque el mal no tiene sustancia propia, y es solamente defecto, exceso, perversión o corrupción de lo que posee una sustancia.

Suyos son también todo lo que vemos, oímos y tocamos, el lejano firmamento sideral, así como nuestros mares y tierras, los elementos que los componen y las leyes a las que obedecen. Los átomos primarios de la materia, sus propiedades y acción recíproca, su disposición y colocación, electricidad, magnetismo, gravitación, luz, y cualquier otro de los sutiles principios y operaciones que el ingenio humano detecta o detectará, son obra de las manos divinas. De Dios ha venido todo movimiento que ha convulsionado y rehecho la superficie terrestre. El insecto más insignificante e imperceptible a la vista procede de Él, así como los inagotables enjambres de diminutos animalillos, las miríadas de seres vivos que el simple ojo humano no acierta a ver, la vegetación que, siempre en crecimiento, cubre toda la tierra como un manto, el alto cedro, el plátano que nos acoge en su sombra. Suyos son las especies y familias de pájaros y mamíferos, con sus graciosas formas, sus gestos salvajes y sus apasionados gritos.

Lo mismo podemos afirmar del mundo intelectual, moral, social y político. El hombre, con sus motivaciones y obras, sus lenguas, su propagación y difusión por la tierra, procede de Él. La agricultura, la medicina, y las artes todas de la vida son suyas. Él sanciona la sociedad, la ley y el gobierno. El esplendor de la realeza terrena exhibe la semejanza y la bendición del Rey Eterno. La paz y la civilización, el comercio y los descubrimientos, las guerras justas, y las conquistas que son humanas y necesarias,

cuentan con su cooperación y atraen Sus bendiciones. El curso de los acontecimientos, la revolución en los imperios, el nacimiento y caída de los reinos, los períodos y las épocas, los progresos y retrocesos en la historia del mundo, sin incluir desde luego los pecados, abundantes como son, pero sí las grandes líneas y los resultados de los asuntos humanos, todo se encuentra entre Sus designios. Los elementos y tipos y principios seminales, así como los poderes informadores del mundo moral, aunque pueda a veces estar en ruinas, deben ser referidos a Él. Dios "ha iluminado a todo hombre que viene a este mundo".⁶ Suyos son los dictados del sentido moral y los reproches retributivos de la conciencia. A Él deben atribuirse los ricos dones del intelecto, la irradiación del genio, la imaginación del poeta, la sagacidad del político, la sabiduría -así es llamada en la S. Escritura- que ya nutre y decora el Templo, ya se manifiesta en el proverbio y la parábola. Los antiguos dichos de las naciones, los majestuosos preceptos de la filosofía, las máximas luminosas del derecho, los oráculos de sabiduría individual, las reglas tradicionales de la verdad, la justicia y la religión, aunque puedan hallarse inmersas en la corrupción o mezcladas con la variedad del mundo, reflejan la actuación divina original y Su paciente presencia.

Incluso cuando hay una rebelión habitual contra Dios, o una profunda y extendida depravación social, sin embargo, el latente y heroico brote de la virtud natural, los anhelos del corazón por lo que no tiene, así como sus presentimientos de los verdaderos remedios, deben atribuirse al Autor de todo bien. Anticipaciones o reminiscencias de Su gloria turban la mente del santón autosuficiente y del sectario pagano. Su escritura está sobre el muro, tanto en el templo hindú como en los pórticos de Grecia. Él se introduce, según su agrado y en el momento que considere oportuno, sin concurrir con ellos, en las manifestaciones de la incredulidad, la superstición y la idolatría, y modifica el carácter de los actos con Su irresistible operación. Se muestra condescendiente, sin aprobarlos, con altares y santuarios de impostura, y sustituye los encantos de estos con Su propio fiat. Habla entre los encantamientos de Balaam,⁷ hace surgir el espíritu de Samuel en la caverna de la bruja,⁸ anuncia al Mesías mediante la voz de la Sibila,⁹ obliga a Phytón a reconocer a Sus ministros,¹⁰ y bautiza con la mano de increyentes.

Acompaña al dramaturgo pagano en sus denuncias de la injusticia y la tiranía, y en sus augurios de divina venganza sobre el crimen. Proyecta Su sombra incluso en las impropias leyendas de la mitología popular, y se le puede discernir vagamente en las odas o la épica, como en el agua agitada o en un sueño fantástico.

Todo lo que es bueno, verdadero, bello, y causa de bien, ya sea grande o pequeño, perfecto o fragmentario,

natural o sobrenatural, espiritual o material, procede de Él.

8

Si esto es un diseño, preciso en substancia dentro de lo posible, de las doctrinas propias de la Teología, y especialmente de la doctrina de una Providencia particular, que es el sector teológico más afín a las ciencias humanas, no entiendo en absoluto cómo, suponiéndola cierta, pueda dejar de ejercer, como conocimiento, un poderoso influjo en filosofía, literatura y en cualquier descubrimiento o creación intelectuales. No entiendo cómo sea posible cerrarse a la cuestión de su verdad o falsedad. Esta doctrina nos coloca delante una afirmación de las más altas verdades que la mente humana pueda captar, y abarca un arco de temas de lo más diverso y amplio. ¿Qué ciencia no encontrará alguna parte de su campo atravesado por esta enseñanza? ¿Qué conclusiones filosóficas serán incuestionables si han sido obtenidas sin tener en cuenta lo que la Teología puede decir sobre ellas? ¿Es que no arroja luz sobre la historia? ¿Acaso no ejerce un directo influjo sobre los principios éticos? ¿Deja de incidir en alguna medida sobre la física, la metafísica y la ciencia política? ¿Podemos expulsarla del ámbito de las ciencias, sin reconocer que ese ámbito ha sido mutilado, o bien que la Teología no es realmente una ciencia?

Se trata de un dilema inevitable, porque la Teología es sumamente precisa y coherente en su estructura intelectual. Cuando hablo de Teísmo o Monoteísmo, no estoy agrupando juntas doctrinas discordantes; no estoy mezclando la creencia, la opinión y la persuasión, del tipo que sea, en un agregado informe, mediante la ayuda de palabras ambiguas, y dignificando este producto con el nombre de Teología. Hablo de una idea desplegada en sus justas proporciones, expuestas según un método inteligible, y productora de necesarios e inmutables resultados, comprendida, desde luego, en un tiempo y lugar mejor que en otros, mantenida aquí y allá con mayor o menor coherencia, pero, en definitiva, considerada en todas partes donde se la encuentra como la evolución, no de media docena de ideas, sino de una sola.

9

Aquí me veo conducido a otro punto, importantísimo, de mi argumentación en favor de la Teología. Me refiero a su amplia recepción. La Teología, tal como la he descrito, no es un accidente de mentes peculiares, co-

⁷ Cfr. Números 23-24.

⁸ Cfr. 1 Samuel 28.

⁹ El nacimiento de un Niño salvador parece anunciarse en la cuarta Égloga de Virgilio por boca de una Sibila.

¹⁰ Cfr. Hechos 16, 16-18.

⁶ Juan 1, 9.

mo son, por ejemplo, ciertos sistemas de presunta interpretación profética. No es el nacimiento súbito de una crisis, como les ocurre a las doctrinas de Lutero¹¹ o de Wesley.¹² No es el brillante desarrollo de una filosofía que irrumpe, como la Cartesiana o la Platónica. Ni es la moda de un tiempo, como pueden serlo algunos tratamientos médicos. La Teología ha ocupado un lugar, aunque no haya predominado, en el mundo intelectual desde tiempos lejanísimos. Ha sido recibida por mentes muy variadas, y en sistemas de religión sumamente hostiles unos a otros. Posee a simple vista derechos tan imponentes a nuestra atención, que únicamente podría ser rechazada en base a que esos derechos o pretensiones fueran solo imponentes, es decir, falsos.

Respecto a nuestros países, la teología llena nuestro lenguaje, se encuentra sin cesar con nosotros en nuestra literatura, constituye el presupuesto latente, demasiado axiomático para ser reconocido abiertamente, de todos nuestros escritores, y nosotros mismos no podemos evitar reconocerlo así, a no ser con ayuda de unas precauciones antinaturales. Todo el que hace filosofía comienza con ella, y la inserta cuando lo desea sin pedir excusa alguna. Bacon, Hooker, Taylor, Cudworth, Locke, Newton, Clarke,¹³ Berkeley, y Butler, y sería tan fácil encontrar más nombres como difícil encontrarlos más grandes entre los autores ingleses, la inculcan y la comentan. Gentes de lo más opuesto, en credo religioso o forma de mente, Addison y Johnson, Shakespeare y Milton, Lord Herbert y Baxter,¹⁴ se hacen eco de la Teología. Tampoco es solamente una noción inglesa o protestante. Se la puede seguir a través del continente, y en las edades más antiguas. El mundo nunca prescindió de ella. Los sistemas ateos o panteístas, considerados como ciencias, nunca han prevalecido en la literatura de las naciones, o recibido una estructura, o logrado un acabamiento tan completo como el Monoteísmo. Lo encontramos en la antigua Grecia, e incluso en Roma, así como en Judea y el Oriente. Lo encontramos también en la literatura popular, la filosofía y la poesía como una enseñanza posi-

tiva y sólida, sin grandes diferencias en el aspecto que presenta, ya sea en la Inglaterra protestante, la Rusia cismática, las naciones mahometanas, o la Iglesia Católica.

Si ha existido alguna vez un asunto del pensamiento que ha merecido por prescripción ser recibido entre los estudios de una Universidad, y que no podría ser rechazado, a no ser que fuera convicto de impostura, como la astrología o la alquimia; si hay una ciencia en algún lugar que pueda exigir no ser ignorada sino tenida en cuenta, y ser claramente aceptada o claramente reprobada, o mejor dicho, que no pueda ser pasada por alto en un plan de instrucción general, sin llevar a cabo una explícita negación de la verdad, es esta antigua y universalmente extendida ciencia teológica.

10

Voy a cerrar ya esta exposición, y no necesitaré muchas palabras para resumir lo que he dicho. Si las diversas ramas del saber, que son objeto de enseñanza en una Universidad, se interrelacionan de tal modo que ninguna puede ser olvidada sin perjuicio de la calidad del resto, y si la Teología es una rama de ese saber, de amplia recepción, estructura filosófica, indescriptible importancia e influjo máximo, llegamos fácilmente a la conclusión de que retirar la Teología de la escuela pública equivale a perjudicar la perfección y a invalidar la fiabilidad de todo lo que se enseña en ese centro universitario.

He insistido únicamente en la Teología natural, porque deseo ganar para mi causa a los no-Católicos, y también porque estoy convencido de que nadie puede dominar y enseñar la doctrina de un Creador inteligente en su totalidad, sin avanzar bastante más allá de lo que imagina. Afirmando, por tanto, en segundo lugar, que si esta ciencia teológica, incluso en lo que alcanza de ella la razón humana, puede decir tanto en su favor y entra de modo tan vario en los temas de quienes persiguen un conocimiento universal, ¿cómo puede un Católico imaginar que será capaz de cultivar la filosofía y la ciencia con una debida atención a su objeto último, que es la Verdad, si omite en su enseñanza el sistema de hechos y principios revelados que constituye la Fe Católica, que va más allá de la naturaleza, y que él reconoce como máximamente verdadero?

En una palabra: la Verdad religiosa no solo es una porción, sino una condición de conocimiento.

Eliminarla no es otra cosa que deshacer el tejido de la enseñanza universitaria. Es, según el proverbio griego, quitarle al año la primavera, o imitar el ridículo proceder de los actores que representaban un drama omitiendo su parte principal.

¹¹ La llamada "experiencia de la torre" (entre 1512 y 1515) fue para Lutero como una iluminación imprevista que le convenció de que la justificación se hace solo mediante la fe.

¹² John Wesley, fundador del Metodismo, dice haber "experimentado" su cambio radical interior el 24 de mayo de 1738.

¹³ Richard Hooker (1554-1600) es uno de los teólogos clásicos del anglicanismo. Jeremy Taylor (1613-97) fue un obispo anglicano, autor de obras de devoción. Ralph Cudworth (1617-88) fue uno de los platónicos de Cambridge más destacados.

Samuel Clarke (1675-1729) defendió la teología natural contra las ideas empiristas de Locke.

¹⁴ El ensayista y político Joseph Addison (1672-1719) era whig y liberal, mientras que Samuel Johnson era Tory y miembro de la High Church anglicana.

Lord Herbert of Cherbury (1583-1648) fue un predecesor del Deísmo inglés. Richard Baxter (1615-91) era un destacado líder puritano.

San Juan Crisóstomo

Traducción Dra. Mercedes Bergadá

(Continuación)

Capítulo III. El viaje

Dejé a San Juan Crisóstomo con su rostro vuelto hacia el Oriente y las costas del Propontis, rumbo a su distante exilio. Había sido desterrado bajo el pretexto de su reasunción de las funciones episcopales antes de la legítima derogación de un decreto sinodal que lo había condenado y depuesto; y tal delito, por una reciente ley imperial, era castigado con destierro a una distancia de no menos de cien millas. Por consiguiente, podía habersele dicho simplemente que desapareciera de Constantinopla y que se trasladara hasta el prescrito límite como mejor pudiera; pero habiéndole sido asignado un lugar determinado, Cucusus, sobre la falta oriental del Tauro, era necesario, y aún una muestra de consideración, mandar con él guías y protectores. Dos soldados parecen haber sido designados por el Prefecto a este propósito, y como hemos visto, él habla bien de ellos. Quizás podrían haber sido mejores, pero ciertamente podrían haber sido peores. Podría él haber sufrido maltrato en sus manos, como ocurrió con sus guardianes en su segunda travesía; y sin su ayuda y protección es probable que nunca hubiera llegado a destino. Ellos compartían, por supuesto, muchas de las penalidades a que él estaba expuesto, y sin embargo parecen haberlo llevado con buen ánimo, sino con entusiasmo, y el Santo parece haber estado tan contento de ellos al final de la expedición como al comienzo. Lo cual supone no poco mérito de ellos y de él, pues muchas veces ocurre, como lo deben sa-

ber todos los que tienen experiencia de viajes, que las personas con quienes topamos en lo que puede llamarse una gestión oficial, o las relaciones que entablamos con ocasionales compañeros de viaje, son mucho más amistosas y satisfactorias al principio, y pueden llevarse mucho más fácilmente, que cuando este trato se ha prolongado a través de un cierto espacio de tiempo. Tales personas a menudo no suscitan gratos recuerdos al mirar retrospectivamente. Vale la pena recordar entonces que, escribiendo a un amigo en Constantinopla, algún tiempo después de su llegada a Cucusus, el Santo habla de uno de ellos como de "mi honorable señor Teodoro, de la Prefectura, que me llevó a Cucusus", y da a suponer que había hablado confiadamente con él.

Debe haber abandonado con pena la hermosa Nicea, salvo en cuanto que se regocijaba por sufrir a causa de su religión. Rica en edificios de mármol y obras que llegaban hasta el lago Ascaniano, Nicea estaba situada sobre una eminencia en medio de una comarca bien provista de bosques y embellecida con flores, con las claras aguas brillantes a sus pies, y sucesivas cadenas de montañas detrás, que remataban en el nevado Olimpo. Dirigió una última mirada al último lugar hermoso que había de contemplar en la tierra, y cuando salió por la puerta sudeste para comenzar un peregrinaje que había de terminar en la puerta del cielo, el panorama cambió inmediatamente. Entró en un valle que, como nos refieren los viajeros, se alza y vuelve a caer a través de una sucesión de salvajes hondo-

nadas y picos distantes, hasta que al fin llegó a una zona cultivada y luego a una región boscosa. Que lo disfrute mientras le dure, pues los signos de la acción de los volcanes van multiplicándose por todos lados, y aún si viaja al atardecer o por la noche, la muda lava y la piedra caliza, como un inmenso horno, retienen el intolerable calor de un día de julio. Y no mejora mucho el panorama del viajero cuando ha alcanzado la elevada meseta de la península asiática, a casi 2000 pies sobre el nivel del mar, que se extiende por centena de millas en todas direcciones. Si en una estación más propicia esta vasta planicie puede presentarse fértil, cubierta de verdor y bien regada, desde junio hasta fines de octubre presenta una superficie árida y reseca, y sobre ella se extiende durante meses la ruta de Juan Crisóstomo, hasta que llega a las estribaciones del Taurus, sobre la ladera más lejana de Cesarea. Quizá en la tercera o cuarta noche después de la partida descansó en Dorylaeum.

2

Bueno hubiera sido para él si el emperador, o alguno de sus grandes funcionarios, le hubiera permitido el uso del cursus publicus o transporte gubernamental. Lo hubiera llevado con rapidez, y sin gasto de su parte. Pero este privilegio difícilmente podía haberlo esperado alguien que estaba en la situación de un criminal; sin embargo, el mismo espíritu optimista que lo llevó a esperar una estadía en Cyzicus o Nicomedia podía fácilmente, cuando se decretó un exilio lejano, haber contemplado tal facilidad. Había tenido experiencia de ese transporte oficial "en una época anterior, en uno de los pocos verdaderos viajes que había hecho en su vida, -¡y bajo cuán opuestas circunstancias! - en aquella memorable ocasión en que una convocatoria imperial lo arrancó violentamente de su amada Antioquía. Las espléndidas circunstancias de aquella travesía parecen haberse grabado en su imaginación; y en una de sus obras, hablando del mérito del peregrinaje de Abraham desde la Mesopotamia hasta Palestina,

lo pone en comparación con la facilidad con que en su época se viajaba a través de las carreteras militares del imperio. "La distancia", dice, "entre un lugar y otro es la misma que entonces, pero la condición de los caminos es muy diferente, pues ahora la ruta pasa a través de estaciones puestas a intervalos convenientes, y atraviesa ciudades y granjas, y está colmada de viajeros, lo que contribuye a la seguridad del viaje no menos que las granjas, las ciudades y las postas. Más aún, por orden de los magistrados de la ciudad, se ha reclutado un policía provincial -hombres elegidos, tan diestros en el manejo de la jabalina y de la honda como los arqueros lo son con las flechas, o la infantería pesada con la lanza- bajo el mando de comandantes, y para el expreso propósito de proteger las rutas. Más aún, como una seguridad adicional, hay construcciones situadas a una milla de distancia una de otra, como puestos de guardia; esta vigilancia y guardia se convierten en la más completa defensa contra los ataques de salteadores. En la época de Abraham no había nada de eso." (Ad Stag. II,6). Y así continúa, como complaciéndose en su descripción de una situación de conveniencia y de seguridad que sólo el Imperio Romano podía proporcionar, pero que en el caso presente habría de verse tan sorprendentemente trastocada en cada uno de sus detalles en la melancólica travesía que habría de poner punto final a sus tareas.

Abandonado pues, a sí mismo para procurarse el transporte, eligió la basterna, que era muy parecida a la lettiga siciliana, una especie de carro o palanquín llevado entre dos mulas, una delante y otra detrás. Tal, al menos, fue su medio de transporte en una parte ulterior de su viaje, y con él habría avanzado a una velocidad de tres o cuatro millas por hora. La distancia entre Dorylaeum y Angora debe haberse cubierto en unos ocho días; al menos, tal es el tiempo que emplea una caravana. Si el relato de Tournefort es confiable, es una ruta poco atractiva, aún en una estación favorable. Este autor habla de una hermosa llanura, de aldeas, cursos de agua, suaves ondulaciones del terreno, pero con

una notable carencia de bosques. Era la antigua Frigia, celebrada como región triguera. El Monte Dindymo, famoso por el fanático culto a Cibeles., se alzaba a su izquierda, como una avanzada, al parecer, de la nortea cadena del Olimpo. Finalmente los templos y edificios públicos de Angora, noblemente situada sobre una terraza elevada, saludaron a sus fatigados ojos en el horizonte distante.

Su viaje parece haber sido bueno; nada, al menos, se recuerda en contrario. Debe haber viajado según sus propios horarios, y a su comodidad, con rumores, posiblemente, de las calamidades que habrían de caer sobre él, pero probablemente sin ninguna experiencia anticipada de las mismas. Sin embargo, las aldeas de Frigia habían sido devastadas, pocos años antes, por el insurgente godo Tribigildo, y esto podía influir negativamente en cuanto a su alojamiento y sus paradas; y en todo momento las posadas podían presentar no pocas dificultades para cualquier viajero respe-



Patio porticado de la Iglesia de San Juan Crisóstomo. Se trata de una reconstrucción que se llevó a cabo en el siglo XX del edificio original que mandaron levantar Justiniano y Teodora en su memoria.

table, y no digamos para un santo obispo. Eran de la más baja condición, y albergaban la peor concurrencia, y era habitual para quienes tenían buenas relaciones hospedarse en las casas de campo de sus amigos, como efectivamente lo hizo Crisóstomo de ahí en más.

Cuando llegó a Angora empezaron sus problemas; sólo tenemos un confuso relato de ellos. Leoncio, obispo de esa ciudad, era uno de sus más acérrimos enemigos, y de una manera u otra casi fue causa de su muerte. Los isaurianos, también acababan de bajar de sus reductos en la montaña y se desparramaban por toda la región. El interior del Asia Menor presentaba un cuadro de desorden: la gente del campo huyó, las ciudades se fortificaban, los puestos en las rutas quedaban abandonados, los guardias se habían ido. Al dejar Angora, nuestro viajero tuvo que enderezar hacia Cesarea lo más rápido que pudiera, para evitar el peligro de caer en manos del enemigo. Viajó noche y día; enfermó a causa de la fatiga y la angustia; una fiebre terciana se apoderó de él; era imposible obtener comida y agua saludables. Con mucha dificultad y en la mayor penuria cubrió las 200 millas entre ambas ciudades, y se encontró en la metrópoli de Capadocia.

Es muy digno de notarse que, a pesar de la indescriptible conmoción de las poblaciones por las que atravesaba, el celo y la caridad cristianas no permitían que los propios padecimientos interfirieran para impedirles prestar el interés y el homenaje que debían a la presencia de tan ilustre confesor de la fe. Salían en multitudes al borde de su ruta para saludarlo y condolerse con él. En esa época, como enseguida lo mostraré con sus propias palabras, se hallaba en una extrema debilidad y penuria corporal, pero así como la pobre gente dejaba de lado sus tribulaciones del momento, él hacía lo mismo. Por ambas partes se daba un triunfo de lo sobrenatural. Asimismo sus sufrimientos, lejos de hacerlo egoísta, lo dejaban en libertad para escribir. La siguiente carta a Olimpia, escrita cuando estaba aproximándose a Cesarea, conmueve por la simpatía que muestra hacia ésta y hacia el pueblo generoso que le describe:

A Olimpia

“Cuando veo poblaciones enteras de hombres y mujeres, en la ruta, en las postas y en las

ciudades, que salen en masa para verme y cuando me ven prorrumpan en llanto, se me hace más fácil comprender su pena. Pues si estas gentes, que ahora me ven por primera vez, están así quebrantadas por la aflicción (de modo tal que no podían ser consoladas, sino que cuando yo les rogaba y exhortaba y amonestaba, sus lágrimas corrían aun más), con seguridad en el caso de Usted la tormenta la azota aún más violentamente. Pero también será más grande su recompensa, si aún bajo tal tormenta persevera con acción de gracias y con creciente fortaleza, como lo hace. Lo se muy bien, mi religiosa señora, por eso esté alerta para no rendirse a la tiranía de la aflicción. Puede Usted gobernarse a sí misma; la tempestad no está dentro de su piel. Y envíeme una carta para decirme esto; pues aunque yo viva ahora en una tierra extraña, puede darme mucho ánimo la seguridad de que Usted lleva sus tribulaciones con la comprensión y sabiduría que le es propia. Escribo ésta cuando no estoy lejos de Cesarea”. (Ep.9)

En una segunda carta, escrita al parecer en la misma época, vuelve a quejarse del silencio de ella, que le parecía un indicio de excesiva aflicción, y añade de modo semejante: “Veo que ni siquiera mi alejamiento de Constantinopla puede librarme de aflicciones; pues aquellos que me encuentran durante mi viaje, algunos procedentes de Oriente, otros de Armenia, otros de otras partes, todos se deshacen en lágrimas cuando me ven, y me siguen con penetrantes lamentos mientras prosigo mi camino” (Ep.8). Ni una palabra acerca de sus propios sufrimientos.

Parece haber tenido un especial temor de asustar a Olimpia, y se esmera por escribirle cuando tiene buenas noticias que comunicar, ya sea acerca de él mismo o de las cosas que lo rodean. Con este criterio, elige los momentos más favorables de su estadía en Cesarea para enviarle una relación de su estado y circunstancias. Esto también, quiero presentarlo al lector, antes de dedicarme a aquellos otros sucesos de carácter más penoso que pertenecen a esos mismísimos días. Escribe así:

A Olimpia

“Ahora que ya he superado las dolencias que sufrí durante mi viaje, cuyos resabios me acompañaron hasta Cesarea, y ya estoy restablecido en perfecta salud, le escribo desde este lugar. He tenido aquí la ventaja de un muy cuidadoso tratamiento en manos de los principales y más famosos médicos, que sin embargo hicieron aún más por mí por su simpatía y consoladora bondad que por su pericia. Uno de ellos llegó hasta prome-

terme acompañarme en mi viaje, cosa que también hicieron muchas otras personas de consideración. Ahora estoy escribiéndole a Usted a menudo acerca de mis cosas, y Usted, como ya me he quejado, es muy remisa en darme noticias tuyas. Puedo probarle que esto se debe a su propia negligencia, y no a la falta de quien pudiese traer las cartas; pues mi honorable señor, el hermano del obispo Máximo de feliz memoria, llegó aquí hace dos días, y al preguntarle yo si me traía cartas, respondió que no había nadie que tuviera nada que mandar por él; más aún, que cuando él expresamente se dirigió para esto a Tigrius, el presbítero, éste no le llevó ninguna carta. Deseo que se lo haga notar así como a aquellos verdaderos y cordiales amigos míos, y a todos los demás que rodean al obispo Ciriaco.



Restos de la tumba de San Juan Crisóstomo sobre los cuales se levanta la Iglesia del mismo nombre

En cuanto a cambiar mi lugar de residencia, no lo molesta a él ni a ningún otro acerca de esto. Acepto la buena voluntad que tienen: quizá quisieron hacer algo, pero no pudieron. Gloria sea dada a Dios por todo. Nunca cesaré de repetirlo, sea lo que fuere lo que me suceda. Pero suponiendo que no pudieron conseguirlo ¿no podían al menos escribir?. Agradezca en mi nombre a mis señoras las hermanas de mi muy honorable señor el obispo Pergamius, por la gran molestia que se tomaron por mí. En cuanto a Usted, escríbame frecuentemente diciéndome cómo está, y noticias acerca de mis amigos; pero en lo que a mi respecta no tenga ansiedad alguna, pues estoy con salud y buen ánimo, y gozando hasta ahora de mucha tranquilidad “.(Ep.12)



Ocorre esto con mucha gente que deja su casa, aún en nuestros días, cuando los servicios de correo son tan eficaces, que les parece que los amigos que han dejado no les escriben nunca, y se impacientan ante el supuesto descuido. San Juan Crisóstomo, que vivía en sus amigos, y sabía qué persecución estaban soportando, era especialmente vulnerable a esta falsa apreciación durante su viaje; y muestra su sentimiento a este respecto mucho más abiertamente en la siguiente carta a Teodora, a quien no cree necesario mostrar la tierna consideración que requería Olimpia. Le escribe cuando está pasando su peor momento, en su primera llegada a Cesarea, y no se preocupa por ocultar una aflicción que sí ocultó a otros, y que encuentra quizá un alivio en expresar:

A Teodora

“Estoy acabado, estoy sencillamente liquidado; he muerto mil muertes. Acerca de esto los portadores de la carta serán los mejores informantes, aunque estuvieron conmigo solo muy breve tiempo. En verdad, yo no estaba en condiciones de conversar con ellos ni siquiera tan poco, postrado como estaba por una fiebre continua. En esta situación fui obligado a viajar noche y día, sofocado por el calor, agotado por la falta de sueño, a las puertas de la muerte por falta de las cosas necesarias y de alguien que me atendiera. He sufrido y sufro aún peor que los que trabajan en las minas, o los que están reclusos en prisión. Al fin y a duras penas llegué a Cesarea, y encuentro este lugar como una calma, como un puerto después de una tempestad. No porque

San Juan Crisóstomo en una pintura del Monasterio de Sucevita, Rumania.

me haya mejorado inmediatamente, después de las severas peripecias precedentes; pero al menos, ahora que estoy en Cesarea, me he recuperado un poco, desde que bebo agua limpia y pan que se puede masticar y no agrede al olfato. Más aún, ya no me lavo con cacharros rotos, sino que me he agenciado una especie de bañera; también he conseguido una cama, en la cual puedo refugiarme". (Ep.120).

Y prosigue en la manifestación de los sentimientos que en cambio ha guardado para sí en su carta a Olimpia. En ese momento ciertamente, pensaba que sus amigos no se portaban bien porque, ricos y poderosos como eran, no podían hacer nada para asegurarle la fácilmente obtenible atenuación, que aún los convictos obtenían, de algún lugar de destierro más tolerable y más cercano, algún lugar donde no hubiera nada que pusiera tan severamente a prueba su fortaleza física, ni que inspirara los terrores que él experimentó por causa de los Isaurianos. Empero agrega: "Aún por esto, glorificado sea Dios; no cesaré de glorificarlo por todas las cosas; bendito sea Su Nombre por siempre". Y entonces pasa a quejarse de la misma Teodora por no escribirle: "Estoy sorprendido de Usted", dice. "Esta es la cuarta, sino la quinta carta que le he enviado, y Usted no me ha enviado más que una. Me aflige mucho pensar que me ha olvidado tan pronto".

Sin duda la pobre Teodora, no había cesado en sus continuas oraciones y lágrimas, y podía dar su propia explicación de su silencio, lo mismo que los demás. Tigrius, por ejemplo, de cuyo silencio se asombra en su carta a Olimpia había sido azotado y sometido a tormento -contrariamente a la información que él tenía- y probablemente se debatía entre la vida y la muerte. Su martirio se conmemora en el Martirologio el 12 de enero. Más no hemos ocuparnos de aquí de otros confesores sino de San Juan Crisóstomo; así que paso a explicar quienes eran los Isaurianos, y por qué el temor a ellos lo hizo viajar noche y día durante doscientas millas en pleno verano, cuando estaba afiebrado y la muerte parecía amenazarlo. De he-

cho, la región que esa ruta atravesaba era teatro de una guerra, pues la irrupción de los bárbaros no merecía otro nombre; en el mismo mes, casi en los mismos días, en que él estaba atravesando Cesarea, había tenido lugar una batalla, quizá en las cercanías, entre los romanos y las fuerzas insurgentes, y precisaré una o dos páginas para explicar al lector como se llegó a que esto ocurriera.

4

En rigor de verdad, los Isaurianos no eran insurgentes, a no ser que pueda darse este nombre a un pueblo que nunca había sido totalmente conquistado. Los desfiladeros del Monte Tauro siempre habían servido de defensa a un pueblo salvaje, independiente, al que los estudiosos de la historia vinculan naturalmente con aquellos piratas cilicios que tan audazmente atacaban a la República Romana y que finalmente fueron castigados y suprimidos por Pompeyo. Aún después de un lapso de cuatro siglos desde entonces, los Isauros no habían perdido su viejo vigor y los encontramos durante el reino de Constancio capturando y saqueando los navíos que pasaban a lo largo de sus costas. Sin embargo, la orientación de su rapacidad había cambiado totalmente de dirección desde los tiempos de Pompeyo, y se había vuelto hacia la tierra; y todo el continente, desde el Egeo casi hasta Egipto, fue mantenido en un estado de perturbación e inseguridad hasta la época de Justiniano a causa de las imprevisibles devastaciones de estos saqueadores. Después de un tiempo de sujeción nominal al poder romano, a mediados del siglo III, se pusieron bajo la égida de Trebeliano, uno de los así llamados Treinta Tiranos; proclamaron su independencia y acuñaron moneda, y cuando Trebeliano fue muerto en combate lo adoraron como un dios. Por un tiempo, formaron, junto con Galacia, parte del impero de Zenobia. Después de la caída de ésta volvieron, bajo la conducción de diversos conductores valientes y hábiles, a sus correrías y depredaciones, hasta que el gobierno imperial,

desesperando de poder llevar la lucha con éxito hasta sus escondites en la montaña, los contuvo rodeándolos con un cordón de fuertes, mientras ellos conservaban un fuerte ejército en el interior, y una fortaleza en la costa para asegurarles la comunicación con el mar. En el reino de Probo se habían extendido a lo largo de Panfilia y Lycia. Bajo Constantino, además de su piratería, que ya he señalado, habían invadido las llanuras del interior en dirección al Ponto. Bajo Valente, aniquilaron una fuerza romana mandada por el Vicario de Asia, y sólo quedó la milicia local para enfrentarlos en su subsiguiente avance. Unos doce años después parecen haber invadido nuevamente, si de ellos habla San Basilio cuando describe la comarca llena de saqueadores, e inseguras las rutas de Capadocia a Constantinopla. Si podemos dar fe a los Cánones que están contenidos en una de las Cartas de este mismo Padre, tales bandidos obligaban a sus cautivos a renunciar a su fe y participar en ritos idolátricos. En otra época sus correrías se extendían hacia el norte hasta el Euxino, y hacia el sur hasta Damasco.

Una de sus más formidables invasiones, tuvo lugar precisamente en la época en que Crisóstomo fue enviado a las regiones fronterizas con ellos; y agravaría en gran medida la culpa de sus perseguidores si a sabiendas lo expusieron a esta penuria adicional. Pero estos movimientos de bárbaros de las montañas de ordinario son repentinos, y es probable que la corte imperial haya sido tan tomada de sorpresa por los Isauros como lo fue por la contemporánea irrupción de los Hunos.

En esta ocasión se desparramaron a lo largo de la costa desde Caria hasta Fenicia, hasta llegar a amenazar a Jerusalén; y, lo que nos interesa más en nuestro caso, se esparcieron por el interior de la región hasta que se encontraron en las cercanías del río Kur y del Mar Caspio. No obstante algunos éxitos parciales, dos generales romanos cayeron ante ellos, y este terrible azote continuó hasta el año siguiente a la muerte del Santo. Sus años de exilio transcurrieron pues en este escenario, casi en el corazón de estos horrores.

He dicho que fue sin duda la proximidad de estos bandidos lo que obligó a San Juan Crisóstomo a apresurarse en el trayecto entre Angora y Cesarea cuando ciertamente no estaba en condiciones de soportar ese esfuerzo. Miraba hacia Cesarea como a un puerto después de la tormenta, como él dice en su carta a Teodora; al final lo encontró así, pero entonces surgieron dificultades de otro tipo. El obispo de Cesarea, aunque se decía su amigo, realmente quería sacárselo de encima. Crisóstomo se convertía en el centro de atracción de todo el sentimiento religioso del lugar, y al prelado esto no le hacía gracia; no le gustaba que el santo se demorara en su ciudad, y determinó hacerle proseguir el viaje sin demora, a cualquier precio; y cuando no pudo conseguirlo por medios pacíficos, no tuvo escrúpulos, como veremos, en recurrir a medidas violentas. Parece haber olvidado el texto acerca de recibir inesperadas visitas de ángeles, y la promesa relativa a aquellos que acogen bien a un profeta porque es profeta, y a un justo porque es justo. Me basaré, para hacer el relato de lo que ocurrió, principalmente en las propias palabras del Santo, tal como están contenidas en cartas suyas a Olimpia, una vez que hubo llegado a Cucusus, su destino final. Debemos recordar que en su última carta a ella desde Cesarea le hablaba de su salud, y buen ánimo y descanso, no mostrando más preocupación que de no tener ninguna noticia de cómo lo estaban pasando ella y sus otros amigos en Constantinopla. Ahora que está a salvo en Cucusus, lo veremos escribiendo acerca de su situación en aquella misma época en términos muy diferentes.

A Olimpia

“Por fin, a duras penas vuelvo a respirar, ahora que he llegado a Cucusus, lugar desde donde le escribo; por fin a duras penas he recuperado el uso de mis ojos después de las visiones fantasiosas y las diversas nubes de enfermedad que me asediaron durante mi viaje. Ahora pues, una vez pasado el sufrimiento, le haré un relato

de ello, pues mientras lo estaba padeciendo no me atreví a contárselo para no afligirla demasiado. Pues durante unos treinta días, o aún más, estuve postrado con una fiebre muy alta, y durante mi largo y penoso viaje, estuve además afectado por un muy fuerte malestar del estómago; y esto cuando no tenía a mano médicos, baños ni las cosas más indispensables ni ninguna clase de alivio, y bajo el continuo peligro de que aparecieran los Isaurianos, además de los habituales temores de un viaje. Así y todo, todas estas zozobras han terminado. Al llegar a Cucusus me ví libre de todos mis males y de todo lo que éstos implicaban, y ahora gozo de la más perfecta salud". (Ep.13).

Después de esta introducción, y unos párrafos más del mismo diapasón, resume el tema en una segunda carta:

"Cuando me libré de nuestro amigo gálatas (el obispo de Angora) -que, en verdad casi me amenazó de muerte- y estaba a punto de ingresar en Capadocia, encontré en el camino muchas personas que me dijeron 'Mi Señor Pharetrius (obispo de Cesarea) está esperando veros, y está yendo de un lado a otro por temor de no encontraros, y está haciendo grandes esfuerzos para veros y abrazaros, y mostraros todo su amor. Incluso ha movilizad los monasterios y los conventos de religiosas'. Yo, por mi parte, no había esperado nada parecido; más bien, para mis adentros, había sospechado lo contrario; sin embargo, no dije una palabra al respecto a aquellos que me traían tales noticias.

"Al fin, cuando llegué a Cesarea en un estado de postración, como un carbón consumido en la más violenta llama de mi fiebre, en la más profunda depresión, en las últimas, encontré un alojamiento en los arrabales de la ciudad, e hice todo lo que pude para conseguir asistencia médica para apagar este horno, pues entré a la ciudad hecho casi un cadáver. Y entonces, verdaderamente, todo el clero, la gente, monjes, monjas, médicos, inmediatamente me rodearon; tuve atención en abundancia, y cada uno de ellos hacía todo lo que

podía para servirme y atenderme. Aún con todo este cuidado, yo seguía delirando, ardiendo en fiebre, y estaba en extremo peligro de muerte. Al fin, poco a poco, la enfermedad aflojó y se retiró. Mientras tanto Pharetrius no se hacía ver; no hacía más que procurar que me fuera, no sabría decir porqué" (Ep.14).

5

Crisóstomo había estado ansioso por seguir viaje, deseando terminar su travesía y estar por fin tranquilo en Cucusus, y apenas se sintió mejor pensó en proseguir la marcha. Entonces, llegaron las noticias de que los Isaurianos se estaban acercando y esto lo hizo vacilar.

"Cuando así estaba, de pronto llegaron noticias de que los Isaurianos estaban merodeando en las vecindades de Cesarea con gran violencia; que habían incendiado una gran población e infligido toda clase de daños a su gente. Al recibir estas noticias, el comandante de la ciudad, con todos los soldados que tenía, salió para encontrarlos, pues temían incluso un ataque a la ciudad. En verdad, todos allí estaban muy alarmados, sumamente excitados, puesto que su suelo natal estaba en peligro; de modo que aún los hombres de edad avanzada tomaron parte en la vigilancia de las murallas. Así estaban las cosas cuando súbitamente, al amanecer, se precipita un batallón de monjes (no puedo hallar un término mejor para expresar su furia), asalta la casa donde yo estaba y amenazan con prenderle fuego, quemarla, hacerme todos los daños posibles, si yo no me marchaba; y ni el peligro de los Isaurianos, ni mi propio serio estado de salud, ni ninguna otra cosa valían para aplacar su violencia".

Aquí intercalo una palabra de explicación. Nada de lo que hasta aquí se ha dicho sobre los grupos monásticos podía habernos llevado a esperar un repentino movimiento tal como éste. Los monjes, como hemos visto, generalmente trataban al Santo con gran consideración y reverencia, cuando pasaba por sus ve-

cindades. Pero en esa época, debemos reconocerlo, constituían un grupo de hombres muy rudos y excitables, al menos en algunos lugares; no estaban sujetos a la estricta disciplina que después prevaleció; y a veces se hallaban, como aquí, a las órdenes de un Obispo; a veces movidos por fuertes sentimientos locales o nacionales. Además había entonces un vasto número de monjes fanáticos, que la Iglesia no reconocía, y que estaban expuestos a la influencia de cualquier género de disparatadas calumnias o absurdas fábulas que pudieran estar circulando en perjuicio del Crisóstomo. Empero, sea cual fuere la explicación de este incidente, esta tropa monástica desempeñó un papel principal en apresurar su partida de Cesarea. El continúa diciendo en su carta:

“Ni hubo nada que sirviera para desarmar su violencia; sino que plantearon su exigencia con tal explosión de furor que hasta llegaron a asustar a mis acompañantes, los soldados de la Prefectura. Pues amenazaron con golpearlos también a ellos, y se jactaron de que eran muchos los soldados del Prefecto a los que ya antes habían golpeado duramente. Cuando mis soldados oyeron esto, se llegaron a mí y rogaron y suplicaron que, aunque ello implicara que cayéramos en manos de los Isaurianos, yo debía alejarme con ellos de esas bestias salvajes. El alcalde de la ciudad también se enteró de lo que estaba pasando, y se apuró a llegarse a mi casa con deseo de ayudarme; pero los monjes no quisieron escuchar sus exhortaciones, y él también fracasó. Después de esto, percibiendo el dilema que se había planteado y no atreviéndose a aconsejarme ni el salir de la ciudad para ir hacia una muerte segura, ni el permanecer dentro de ella expuesto como estaba a la furia de los monjes, envió recado a Pharetrius, rogándole me diera unos días de gracia, a la vez en razón de mi enfermedad y del peligro que acechaba en mi camino. Sin embargo, no pudo obtener siquiera esto, ya que al día siguiente los monjes volvieron con violencia aún mayor, y ninguno de los presbíteros se atrevió a estar conmigo o a socorrer-

me, sino que con vergüenza y rubor en sus rostros (pues decían que obraban así por orden de Pharetrius), desaparecieron y no se dejaron ver, y se negaron a contestar cuando yo recurrí a ellos. ¿Hace falta decir más?. Aunque tales peligros me amenazaban, y la muerte estaba casi a la vista, y la fiebre me acosaba, me tiré en mi lectica, en pleno mediodía, y partí entre los sollozos y lamentos de todo el pueblo”.

Sin embargo, tuvo todavía una oportunidad: en ese momento Seleucia, la esposa de uno de los principales personajes de Cesarea, mandó a ofrecerle el uso de su villa suburbana, a una distancia de cinco millas de la ciudad; una bondad que él aceptó gozosamente. Esta buena dama, además, dió órdenes a su mayordomo para que reuniera a los labriegos de sus granjas que rodeaban esa propiedad, si los monjes mostraban cualquier señal de repetir su violencia, y les dieron batalla abiertamente. Más aún, ella tenía en su campo un edificio fortificado, donde deseaba instalarlo; donde ni los monjes ni el Obispo pudiesen alcanzarlo. Sin embargo, el Obispo era demasiado, tanto para ella como para Crisóstomo. La aterró con amenazas para que se sujetase a su voluntad, y un sacerdote de los que le respondían fue enviado al Santo. Dejemos que con sus propias palabras nos cuente cómo siguió el asunto:

“A medianoche, Everthius, el presbítero, entró a mi cuarto cuando yo estaba dormido. Me despertó y gritó muy fuerte: ‘Arriba, se lo ruego, están llegando los bárbaros; ya están casi aquí’. Imagínese cómo quedé perplejo ante estas palabras. Le dije: ‘¿Qué hay que hacer?. Es imposible ir a la ciudad, pues lo pasaría peor allí que en manos de los Isaurianos’. Empezó a urgirme a continuar mi viaje. No había luna; era la medianoche; estaba oscuro, profundamente oscuro, lo cual también creaba una gran perplejidad. No tenía nadie que me ayudara; todos me habían abandonado. Sin embargo, obligado por el peligro, y esperando la muerte inminente, me levanté de la cama, agobiado como estaba por el sufrimiento, y

dispuse antorchas. Evethius insistió en que había que apagarlas: 'la luz va a atraer a los bárbaros, y van a caer sobre nosotros', dijo; así que se apagaron las antorchas. La ruta estaba agrietada, tenía brascas pendientes, y era pedregosa. La mula que transportaba mi litera tropezó y cayó; se vino abajo la litera, y yo en ella, y casi me mato. Salté fuera de la litera y comencé a arrastrarme. Evethius desmontó y me agarró, y así fui ayudado o más bien arrastrado hacia adelante; pues me era imposible caminar en un terreno tan difícil, en medio de montañas formidables, y en plena noche".

Los enemigos militares del Santo, no parecen lucirse demasiado en este asunto y su conducta nos tienta a pensar que la alabanza que de ellos hace se debe más bien a su animoso espíritu de perdón, optimista antes de la dificultad, y esperanzado después, que a algún mérito de ellos. Podemos suponer que no fueron con él a la villa de Seleucia; si lo hicieron, es extraño que no los mencione en esta última escena. Después de esto no sabemos nada más de sus peripecias antes de llegar a Cucusus, aunque todavía tenía por delante mucho camino difícil cruzando las montañas. El continúa así:

"¿Quién puede describir las demás dificultades que cayeron sobre mí durante mi viaje, las alarmas, los peligros?. Pienso en ellos todos los días, y siempre los llevo conmigo, y la alegría me arrebató, y mi corazón exulta al pensar en el gran tesoro que he acumulado. Regocijese Usted también por ello, y dé gloria a Dios, que me ha honrado con estos sufrimientos. Pero guárdese todo esto para Usted, y no lo diga a nadie, aunque los soldados puedan lle-

nar la ciudad con sus relatos, especialmente porque ellos también estuvieron en extremo peligro.

"Sea como fuere, que nadie sepa por Usted estas cosas, y haga callar las bocas de los que hablan sobre ellas. Y si Usted se siente apenada, ante este memorial de mis padecimientos, tenga la certeza de que ahora los he superado totalmente, y estoy más fuerte en cuanto a salud que cuando estaba en Constantinopla. ¿Porqué me preocupa el frío?. Mi morada está construida muy confortablemente, y mi señor Dioscoro se preocupa en todas formas para que yo no pueda sentir en lo más mínimo el frío. Si puedo conjeturar por la experiencia que hasta aquí he tenido, el clima me parece completamente oriental, exactamente como el de Antioquía; tal es la temperatura, y la calidad del aire. Y no necesita Usted temer ahora a los Isaurianos; han vuelto a su país, y el prefecto no ha dejado nada por hacer para que así fuera. Estoy mucho más seguro aquí de lo que lo estaba en Cesarea. Por tanto no temo a nadie, salvo a los Obispos, exceptuando a unos pocos de ellos. ¿Cómo es que dice Usted que no ha recibido ninguna carta mía?. Le he enviado tres: una por los soldados de la prefectura; una por Antonio; otra por su doméstico Anatolio; eran largas cartas"

Es curioso ver, que mientras él se lamentaba por el silencio de sus amigos en Constantinopla, ellos se lamentaban por el suyo (ver también Ep.137). Pero ahora bien podemos hacer una pausa, una vez que hemos traído al gran confesor, cuyas tribulaciones estamos describiendo, a su lugar de exilio.

Continuará

LIBERALISM

*Ye cannot halve the Gospel of God's
grace;*

*Men of presumptuous heart! I know
you well.*

*Ye are of those who plan that we
should dwell,
Each in his tranquil home and holy
place;
Seeing the Word refines all natures
rude,
And tames the stirrings of the
multitude.*

*And ye have caught some echoes of its
lore,*

*As heralded amid the joyous choirs;
Ye mark'd it spoke of peace,
chastised desires,
Good-will and mercy, -and ye heard
no more;
But, as for zeal and quick-eyed
sanctity,
And the dread depths of grace, ye
pass'd them by.*

*And so halve the Truth; for ye in
heart,*

*At best, are doubters whether it be
true,*

*The theme discarding, as unmeet
for you,
Statesmen or Sages. O new-compass'd
art
Of the ancient Foel-but hat, if it
extends
O'er our own camp, and rules amid
our friends?*

LIBERALISMO

*¡No podéis dividir la gracia
del Evangelio de Dios,
hombres de corazón presuntuoso!
Yo os conozco bien.*

*Vosotros sois de aquellos
cuyo plan es que habitemos
cada uno en su hogar tranquilo
y en su sagrado lugar,
viendo a la Palabra refinar
toda naturaleza ruda
y amansar a la multitud
en su exaltada agitación.*

*Habéis percibido los ecos
de Su sabiduría,
por heraldos proclamada
entre gozosos coros;
advertistéis que hablaba de paz,
deseos que han de ser reprimidos,
buena voluntad, misericordia,
y no escuchastéis nada más;
el fervor y la santidad
de mirada vivaz, y la gracia
con su temida profundidad,
lo habéis pasado de largo.*

*Y separáis en dos la verdad,
pues si bien, como muchos, dudáis
en el fondo del corazón
si será o no verdadero,
descartáis sin más el tema,
porque os es inconveniente,
estadistas y hombres sabios.
¡Oh nuevo artificio ideado
por el antiguo Enemigo!
¿Qué pasará si se extiende
sobre nuestro campamento
y rige entre nuestros amigos?*

*(Verses on various occasions,
LXXXIII) - 1833*

*Traducción
Fernando María Cavaller*

“Es ciertamente natural e inocente esperar grandes resultados de los esfuerzos realizados con un fin religioso, lo cual proviene de que conocemos mal el género de trabajo que tenemos que hacer: transformar el corazón y la voluntad del hombre. Es una disposición de espíritu mucho más noble la de trabajar, no con la esperanza de ver el fruto de nuestra labor, sino para obedecer a nuestra conciencia, por deber; y sobre todo hacerlo con fe, persuadidos de que el bien se hará, aunque no lo veamos... porque el momento de segar lo sembrado llegará en el otro mundo y no aquí abajo; no hay aquí mucho fruto visible en el curso de la vida de ningún hombre.”

(Parochial and Plain Sermons, VIII, 9.p.129-30 12/9/1830)